

LOS CAFÉS LITERARIOS EN
AMÉRICA LATINA

4° ENCUENTRO DE
**CAFÉS LITERARIOS Y
TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA**

MEMORIAS



BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas



© Alcaldía Mayor de Bogotá

© Secretaría de Educación del Distrito Capital- Red Capital de Bibliotecas Públicas BibloRed, 2011

Clara López Obregón

Alcaldesa (D) Mayor de Bogotá

Ricardo Sánchez Ángel

Secretario de Educación del Distrito Capital

Jaime Naranjo Rodríguez

Subsecretario de Calidad y Pertinencia

Carlos Orlando Parra Romero

Director de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos

Mary Giraldo Rengifo

Directora General BibloRed

Sandra Patricia Suescún Barrera

Coordinadora de Promoción de Lectura
y Escritura de BibloRed

Edición y compilación de textos

Carol Contreras Suárez

Cristina Giraldo Prieto

Henry Alexander Gómez

Óscar Salamanca Martínez

Promotores de lectura y escritura BibloRed

Portada e Ilustraciones

Diego Iván Bohórquez Novoa

Diseñador Gráfico BibloRed

Diagramación y armada

María Cristina Olivar

Impresión

Gráficas Ducal

Secretaría de Educación del Distrito Capital

BibloRed - Red Capital de Bibliotecas Públicas

Dirección General - Biblioteca Pública Virgilio Barco

Av. Cra. 60 N° 57 - 60

Teléfono: 315 88 75 / 90

www.biblored.edu.co

Bogotá - Colombia

2011

ISBN:

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio magnético, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin previo permiso escrito de los editores.



ÍNDICE... // Cuarto Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria

Prólogo [Pág. 05]

Parte I

Los cafés literarios

Juan Gustavo Cobo Borda [Pág. 08]

Parte II

Relatorías de los Cafés Literarios especializados..... [Pág. 10]

Argentina: Grupos Boedo y Florida

**Boedo y Florida: La encrucijada de la literatura argentina en el siglo XX
y su proyección en nuestros días.**

Colombia: Café el Automático

**Las tertulias literarias del pasado y su disolución en las nuevas dinámicas
de la urbe contemporánea.**

Cuba: La Bodeguita del Medio

El mojito literario

México: Generación del Crack

Café y Crack

Parte III

Creación literaria..... [Pág. 21]

Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella..... [Pág. 22]

Monólogo de un vagabundo - Camilo Cerón

Carta para Kafka desde el siglo XXI - Fernando Araque

Encuentro en el Tiempo - Germán Báez

Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo..... [Pág. 31]

El chaleco, Cromáticas - Amílcar Bernal Calderón

El idioma de la lluvia - Giselle Andrea Bogoya Aguillón

Agustina - Jorge Pontón Caro

El trato - Orlando Zambrano

La musa - Saira Carvajal

Biblioteca Pública Lago Timiza..... [Pág. 41]

Idili Bros, Poetariado - Carlos Mayo

Deliro - Daniela Gutiérrez

Mar he sido - Samuel Rojas Galvis

Biblioteca Pública Parque El Tunal..... [Pág. 43]

Otro/Día/Más - Julián Cardoso

Mito - Estefanía Almonacid

Perpetua - Juan Carlos Sandoval

Biblioteca Pública de Suba Francisco José De Caldas..... [Pág. 47]

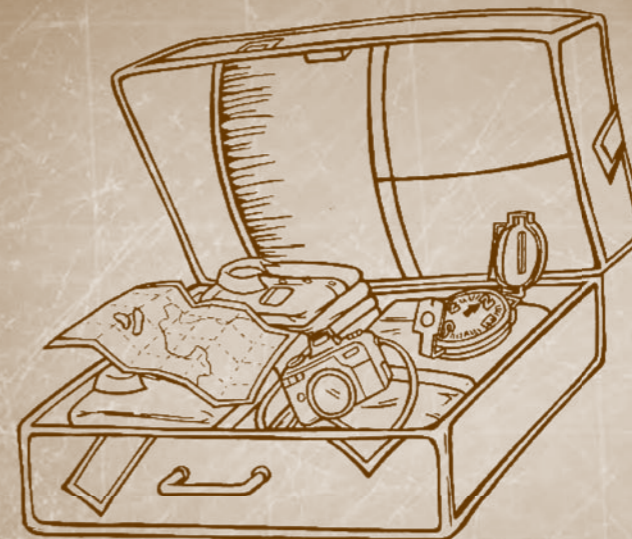
Un buen día - Osvaldo Murillo Urueta (Amaya)

Biblioteca Pública Virgilio Barco..... [Pág. 49]

Pacifismo colombiano - Karonlains Alarcón Forero (Seckmet)

Todo se lo lleva el fuego - Jacobo Díaz Arana

Velo de seda - Nahir Lucía Zapata Arboleda



PRÓLOGO *f...// (Del gr. π)*. 1. m. En un libro de cualquier clase, escrito antepuesto al cuerpo de la obra. 2. m. Primera parte de algunas obras dramáticas y novelas, desligada en cierto modo de las posteriores.

Cada semana en las bibliotecas de BiblioRed, se reúne un número diverso de personas diversas que, en su singularidad, crean y habitan un espacio en donde la palabra, los textos, los discursos, y particularmente el diálogo generado, configuran un espacio social y cultural relevante en la consolidación de espacios culturales alternativos en Bogotá. Estos espacios se conocen en BiblioRed como los Cafés Literarios y los Talleres de Creación Literaria; programas de lectura y escritura que han establecido grupos autónomos que, a través de los diez años de existencia de la Red, han construido tejidos sociales y culturales participativos, en donde muchas personas interesadas en la lectura y en la escritura, particularmente en la literatura, pueden encontrarse para compartir percepciones, para enriquecer sus lecturas, para confrontar sus discursos, para ejercitarse en la práctica de la escritura creativa y para construir colectivamente conocimientos.

La historia, consolidación y repercusión de estos programas en BiblioRed demuestra que los objetivos planteados en sus inicios, como la creación de un espacio destinado a la socialización de la lectura con variedad y riqueza temática que respondiese a los intereses de los participantes, la consolidación de un grupo estable y autónomo que viviese un empoderamiento en la biblioteca, la estimulación y la promoción de la producción de escritura creativa, o la oferta de programas dinámicos que promoviesen el diálogo y que permitiesen construir nuevos y creativos pensamientos, se han alcanzado satisfactoriamente.

Sin embargo, estos espacios deben seguir en construcción, deben ser pensados y proyectados teniendo en cuenta que pueden, y deben, tener una repercusión y un impacto más amplio en los ámbitos sociales y culturales de la ciudad. Por tal razón, se hace indispensable reflexionar sobre el significado de los Cafés Literarios y los Talleres de Creación literaria en una ciudad como Bogotá; pensar la singularidad de estos espacios al promoverse desde el ámbito de lo público y, particularmente, plantear posibilidades para proyectar y potenciar estos programas en ámbitos que abarquen no sólo la comunidad de la cual surgen –barrio o localidad–, sino que puedan llegar a estadios sociales y culturales más amplios –distritales y nacionales.

Justamente, este 4º Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria (2010), se concibió como un espacio encaminado a la reflexión sobre la existencia, el funcionamiento y la proyección de estos programas en BiblioRed, con el ánimo de contextualizar el trabajo adelantado en cada biblioteca, identificar y reconocer los espacios desarrollados y fortalecer la capacidad propositiva de los participantes en torno a este tipo de actividades. El Encuentro giró alrededor del tema de las tertulias literarias en América Latina, su contexto histórico, su significación social y cultural, y las posibilidades que proyectan para el carácter y el funcionamiento de los Cafés Literarios y la incidencia de éstos en la ciudad.

Fue el poeta y ensayista colombiano Juan Gustavo Cobo Borda quien, con su conferencia, inició este viaje por las tertulias literarias en América Latina. Esta charla contribuyó a la contextualización sobre el origen de estas tertulias, con un recorrido

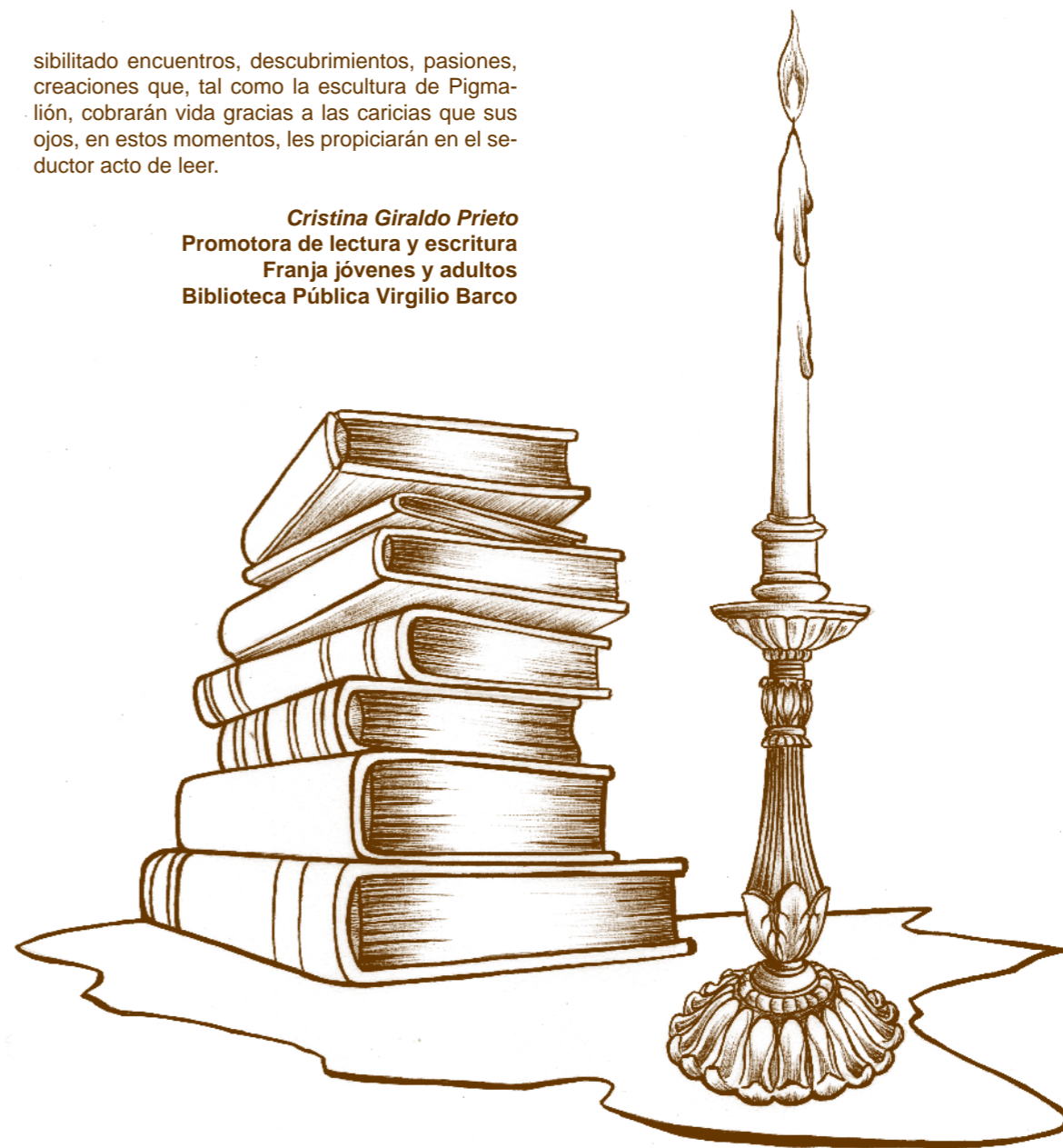
por el ámbito europeo, particularmente español, y un enfoque especial en Argentina, donde cobraron mucha fuerza estas reuniones en torno a temáticas asociadas al arte y la literatura. El autor de *La musa inclemente* recordó diferentes tertulias latinoamericanas que han funcionado a lo largo de la historia. Centrándose en España y Argentina, nichos culturales que se expandieron hacia el resto del continente, Cobo Borda señaló diversas tertulias y escuelas, como el ultraísmo encabezado por el escritor español Ramón Gómez de la Serna, en donde militó el joven Jorge Luis Borges. Recordaremos esta conferencia sobre los cafés y las tertulias con el texto *Los cafés literarios* de Juan Gustavo Cobo Borda, que inaugura, tal como sucedió en el Encuentro, nuestro recorrido por estas memorias.

En seguida, cuatro textos hablarán de las reflexiones conjuntas generadas en cada uno de los Cafés Literarios especializados que, simultáneamente en esa tarde de viernes decembrino, disertaron sobre una tertulia o grupo literario significativo en el ámbito cultural latinoamericano, y respondieron de manera crítica y reflexiva una pregunta con la que buscábamos profundizar en nuestros contextos, en nuestras posibilidades y en las proyecciones que los Cafés Literarios y los Talleres de Creación Literaria pueden tener en la ciudad.

Por último, y como ya es tradición en estas memorias, nos encontraremos frente a frente con los mejores exponentes de los procesos creativos desarrollados en los Cafés Literarios y en los Talleres de Creación Literaria. Cuentos y poemas de los participantes en estos espacios les narrarán no sólo su historia, sino también la historia de una Red que ya con diez años de existencia ha po-

sibilitado encuentros, descubrimientos, pasiones, creaciones que, tal como la escultura de Pigmalión, cobrarán vida gracias a las caricias que sus ojos, en estos momentos, les propiciarán en el seductor acto de leer.

Cristina Giraldo Prieto
Promotora de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Biblioteca Pública Virgilio Barco



Parte I



Los cafés literarios

El café “es el dulce hogar de aquellos para los que el dulce hogar es un horror”. Así escribía Alfred Polgar en 1926 refiriéndose al Café Central de Viena. Sólo que desde 1650, al hablar de las *coffehouses* inglesas, el café está íntimamente ligado a la literatura, al ocio, a la conspiración, y a esa mezcla sutil entre bohemia y laboriosidad que caracteriza a los habituales del café. Un solo dato: Jean Paul Sartre escribió un denso tratado metafísico, en la senda de Heidegger, titulado *El ser y la nada*, en las mesas del parisino Café de Flore, donde incorporó al texto argumentos proporcionados por el camarero.

En 1700, Londres contaba ya con tres mil establecimientos para el consumo de café, en una ciudad de seiscientos mil habitantes. Pero en 1709, un periódico, *El Charlatán (The Tatler)* resume todas las noticias de la ciudad, desde la bolsa hasta los espectáculos, al tener como base de su información lo que se dice en los cafés. Algo que los periodistas no dejarán de aprovechar desde entonces: un último café chismoso antes del cierre de la edición.

Richard Steele en *El Charlatán* (1709), y Joseph Addison con *The Spectator* (1711), quisieron dar a sus lectores algo más que noticias fugaces: ensayos donde brillara el ingenio y el conocimiento.

Pero fueron los cafés parisinos de 1780, como el Procope, el Café de la Regence o el Café de Fey, los que engendraron, en la caldeada atmósfera de inteligencias como las de Voltaire, Rousseau, Diderot y D’Alembert, tanto la Enciclopedia como la revolución de 1789. Pero esas manifestaciones, bruscas o incendiarias o de largo aliento, tenían raíces singulares. En el Procope, un día se empezó a hablar de la armonía y la discusión duró once meses. Ese mundo es el que nos rescata Antoni Martí Monterde en su libro *Poética del café: Un espacio de la modernidad literaria europea* (Barcelona: Anagrama, 2007).

Pero no sólo de ella, de la modernidad europea, sino también de la nuestra, la latinoamericana. En un café de París, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, como quien dice el modernismo en pleno, quieren extraer del poeta Paul Verlaine esa gota de música y sabiduría que habían paladeado en sus canciones. El encuentro, cómo no, se da en un café y Rubén Darío, con facundia tropical, exalta su gloria. Verlaine, el fauno taciturno y borracho, sólo responde: “*La gloire! ... La gloire! Merde!*”.

Amarga lección que Rubén Darío de seguro recordará en sus depresiones de alcohólico sin recursos, caído de su trono lírico, tal como nos lo pintó Vargas Vila en el libro que le dedicó.

Por su parte, el peruano César Vallejo, en el París de 1936, con hambre y frío, se refugiara en la calidez humeante del café, para proponernos ese soneto que tituló “Sombrero, abrigo, guantes”:

“Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café de la Regencia, en él hay una pieza recóndita, con una butaca y una mesa. Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie”.

Por su parte, y en Madrid, el maestro exaltado por Borges, Rafael Cansinos-Assens, traductor de las *Mil y Una Noches*, despachará desde el Café Colonial, mientras Ramón Gómez de la Serna lo hace desde el Café Pombo.

En un momento donde las ciudades se tornan eléctricas y agitadas, de choques bruscos y aceleración nerviosa, los cafés pueden ser puerto y refugio. Aguas más quietas, e incluso estancadas, donde se cultiva, según Gregorio Marañón, la pasión más fuerte del hombre español, el resentimiento. La maledicencia. Pero el café también fue una suerte de universidad popular, donde muchos, por el irrisorio precio de una taza, alargada por horas, pudieron escuchar a Don Miguel de Unamuno, Don Antonio Machado, o Don Pío Baroja, como debe decirse. La envidia se transformaba en coloquio, y cuando el exilio, a raíz de la guerra civil, los llevó a tantos a Buenos Aires como a México, el café continuó siendo el ágora donde las ideas cruzaban sus espadas, y los gritos, tan españoles, trataban de imponerse sobre los rivales. Así, en los cafés de la Avenida de Mayo o la Calle Salta, el Iberia y el Español, las mesas volaban de una acera a otra, y María Teresa León, la mujer de Rafael Alberti, exiliados ambos como Ramón Gómez de la Serna, veían cómo “en las mesas de los cafés se discutía y se gritaba como si aún Madrid estuviese defendiéndose”.

El café fue entonces política y poesía: soledad y compañía. Como siempre lo había sido.

Juan Gustavo Cobo Borda

Parte II



Relatorías de los Cafés Literarios Especializados

El IV Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria, un evento que giró alrededor del tema de las tertulias literarias en América Latina, se dividió en distintos espacios que abordaron los contenidos preparados desde diferentes perspectivas y metodologías. En este marco general, se desarrollaron cuatro sesiones de cafés literarios especializados en cuatro tertulias y grupos literarios respectivos, muy representativos de nuestro continente: los grupos Boedo y Florida, de Argentina; el café El Automático, de Colombia; la Bodeguita del Medio, de Cuba, y la Generación del Crack, de México. En cada uno de estos espacios se desarrolló una charla acerca de la tertulia o grupo literario correspondiente, además de una pregunta especializada respecto de la naturaleza, las características y las proyecciones de las tertulias literarias en el continente.

Las cuatro preguntas seleccionadas para su discusión dentro de cada uno de los espacios fueron las siguientes: (1) ¿Cuál es el sentido de la existencia de las tertulias y los cafés literarios en relación con las personas que los conforman, con la comunidad en que se inscriben y con la proyección de la literatura en la región de la que provienen? (2) ¿Cuál es el futuro de estos espacios literarios en el presente siglo, considerando las modificaciones introducidas por las nuevas tecnologías y las dinámicas de la urbe contemporánea? (3) ¿De qué forma este Encuentro impacta el trabajo desarrollado en el Café Literario o Taller de Creación Literaria al cual pertenecen, en relación con sus entornos sociales y culturales?

(4) Además de los objetivos ya establecidos para los cafés literarios de BiblioRed, ¿qué otras propuestas podrían desarrollarse con el objeto de dinamizar y potenciar social y culturalmente estos espacios?

Cada pregunta fue desarrollada en uno de los espacios preparados, con el fin de problematizar cuestiones relativas a las tertulias literarias más significativas en la historia de América Latina, para centrarse después en las características y el funcionamiento de los cafés literarios de BiblioRed. Este cuestionamiento se formuló, desde un primer momento, como un factor clave de la realización del Encuentro, por cuanto se trataba de reflexionar acerca del espacio que actualmente ocupan estos grupos literarios, desde la perspectiva de su implementación y su auge en el continente, así como su futuro en medio de una urbe que ya no los acoge de la misma manera que antes. Del mismo modo, se problematizó sobre el sentido y la existencia de los cafés literarios de BiblioRed, y se plantearon líneas de acción cultural y comunitaria para su fortalecimiento en el ámbito ciudadano del que forman parte.

Las respuestas a estos interrogantes, o simplemente las reflexiones suscitadas a su alrededor, se consignan a continuación, en las relatorías de cada uno de los cafés especializados realizados el día del Encuentro; además, se refiere en ellas, brevemente, los contenidos relativos a la tertulia o grupo literario que se analizó.

Los siguientes textos representan un esfuerzo por problematizar la temática de las tertulias literarias en América Latina, considerándose especialmente las circunstancias de funcionamiento de los cafés literarios de BiblioRed, en la búsqueda de un sentido para su existencia y de una apropiación de estos espacios por parte de todos los ciudadanos que acuden a ellos.

Óscar Salamanca
Promotor de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo



Boedo y Florida: la encrucijada de la literatura argentina en el siglo XX y su proyección en nuestros días

Argentina: Grupos Boedo y Florida

Hablar sobre Boedo y Florida no es tarea fácil. Los grandes conocedores suelen afirmar que la división entre estos grupos resulta un detalle irrisorio dentro de la consolidación de la literatura argentina del siglo XX, pues autores como Roberto Arlt, Raúl González Tuñón y hasta el mismo Jorge Luis Borges coincidieron literaria y políticamente muchas veces con los integrantes del otro grupo, burlándose de la clasificación. Sin embargo, las historias literarias del país del Sur nos la siguen presentando como la transición definitiva de la literatura modernista a la literatura urbana y de vanguardia en la década de los 20 y los 30. ¿Cómo caracterizar entonces a aquellos grupos?

En la tarde del 17 de diciembre de 2010, durante el 4º Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria de BiblioRed, nos dimos a la tarea de responder esa pregunta y analizar los aportes de dos de los escritores más representativos de cada grupo: Roberto Arlt y Oliverio Girondo. Para iniciar, se propuso que las diferencias radicaban en dos aspectos fundamentales: (1) la afiliación de los integrantes a las revistas *Claridad* (que tenía sede en la popular Calle Boedo) o *Martín Fierro* (que tenía sede en la Calle Florida), y (2) el interés por los sectores sociales desde una postura de izquierda (para el primer grupo) o el cuestionamiento por la forma (para el segundo). De lo anterior, se derivaban cosas como la relación directa de Boedo con el movimiento obrero y los

suburbios argentinos, y de Florida con la burguesía y el centro de la ciudad respectivamente. Según se dice, fueron los de Boedo quienes titularon a Florida para marcar la diferencia entre las ideas que los movían, usando el nombre de las calles en las que se reunían; sin embargo, la publicación de un manifiesto de Florida en 1924 causó fuertes reacciones entre los integrantes del otro grupo y los condujo a verse como opuestos y rivales por más de cinco años.

Pero ¿para qué hablar sobre todo esto? Recordemos que uno de los objetivos del Encuentro era presentar diferentes tertulias o grupos literarios latinoamericanos con el fin de contrastar sus historias con las nuestras, con las que se viven día a día en los programas de BiblioRed, y encontrar nuevas vías de acción de esa manera. Entonces, fue a partir de la profundización que hicimos en dos de las figuras emblemáticas de la literatura argentina del último siglo (Roberto Arlt y Oliverio Girondo, de quienes conocimos datos biográficos y fragmentos literarios, y a quienes entendimos como escritores cuya pertenencia a un grupo de tertuliantes, narradores y poetas les permitió proyectar su discurso) como se abrió paso a una reflexión más profunda, conducida por una pregunta nuclear: ¿de qué forma consideran los usuarios que este Encuentro impacta el trabajo desarrollado en el Café Literario o Taller de Creación Literaria al cual pertenecen, en relación con sus entornos sociales y culturales?

Aunque las respuestas variaron entre una diversidad de aspectos, fueron en su mayoría direccionadas hacia la definición de los espacios en los que participa cada usuario. De este modo, se dijo que lo más importante de un Café Literario es que logra acoger en un mismo grupo a las personas que están interesadas en temas literarios y a aquellos que tienen inquietudes por conocerlos, democratizando el conocimiento. También, que permiten que eso que se lee o se escribe pueda ser expresado a otras personas y no quede como letra muerta; que los asistentes regulares y la comunidad en general construyan su sentido de pertenencia con los espacios públicos, cimentando las apuestas por lo alternativo y lo independiente de una manera lenta pero factible; que los espacios se adapten al entorno y las condiciones específicas (sociales, culturales e intelectuales) de cada uno de los grupos incidiendo en la definición de sus formas y recorridos de vida. Asimismo, las tertulias adelantadas en cada espacio permiten conocer otros puntos de vista y diversificar las reflexiones que se tienen en torno a la literatura, conocer otras personas con las que se comparte el núcleo social, vislumbrando elementos en común y proyectos que los hacen participantes activos de lo que los rodea como ciudadanos.

En este punto es preciso decir que nunca antes se había realizado un Encuentro con una temática similar, pues de lo que se trataba, a grandes rasgos, era de conectar a la gente vinculada a los Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria de BiblioRed mediante temáticas que motivaran el diálogo, la interacción y el reconocimiento como lectores y escritores de diferentes partes de la ciudad; este año en cambio se privilegió la reflexión, la auto-crítica y la proposición de caminos alternativos en

la vida de dichos espacios –unos recién nacidos, otros con casi diez años y todos con buenos retos para fortalecerse, expandirse y transformarse. En ese sentido, si bien en un principio las respuestas a esa pregunta nuclear sirvieron como motor definitorio de los programas, también dieron luces sobre la consolidación de discursos comunes dentro de la Red, más allá de la ubicación de la biblioteca, en la medida en que muchos coincidieron en sus opiniones o las mediaron a través del diálogo (hecho que el Encuentro permite visibilizar a través de relatorías como esta). Asimismo, las respuestas hicieron explícitas las innovaciones en cuanto a las prácticas socioculturales dentro de algunos barrios, a partir de la construcción de bibliotecas como la Julio Mario Santo Domingo, por ejemplo, pues ésta propicia la integración entre los habitantes de la zona y disminuye el sentimiento de marginalidad cultural. Por último, la misma pregunta dejó sembrados algunos cuestionamientos sobre la función del promotor dentro de los espacios, sobre la evolución de los mismos, sobre la responsabilidad tanto institucional como personal con los procesos y plantó la idea de que esa pregunta nuclear no sólo debe quedar en un encuentro, sino que debe promover articulaciones más constantes para cotejar ciclos al interior de la Red y servir a la reflexión del día a día.

En conclusión, un Encuentro como el desarrollado demuestra que los Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria de las bibliotecas públicas no son universos ajenos a las dinámicas de las demás bibliotecas o ciudades, sino que son grupos que comparten como otros, que tienen las mismas potencialidades para transformar realidades literarias como las que tuvieron los Grupos Boedo y Florida en su momento y lugar,

y que incluso en ellos se construye ciudad, desde la expresión libre de las ideas, desde el respeto por el otro y el reconocimiento mutuo, desde el ejercicio de la escritura, la publicación en revistas, periódicos o blogs, o desde el levantamiento de figuras emblema (como aquellos merecedores de premios literarios que aún asisten a los programas para compartir procesos, diálogos, cafés y afectos), sin necesidad de establecer rivalidades o esas peleas típicas entre escritores, entre unos y otros Cafés o Talleres. Un Encuentro con esta temática, aseguran los usuarios, deja la propuesta de hacer más énfasis en algunos temas de

Las tertulias literarias del pasado y su disolución en las nuevas dinámicas de la urbe contemporánea

Colombia: Café El Automático

Las tertulias literarias de renombre entre los escritores asiduos al café y a la polémica abundaron en nuestro país entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, pero desaparecieron discretamente bajo la irrupción de ruidosos establecimientos comerciales y el avasallante tumulto de las avenidas modernas. Como si fuera poco, los negocios de tabaco, tinto y letras, tan orgullosos en sus días de esplendor como en los de decadencia, han optado por esfumarse de la memoria colectiva que ya no los acoge con la misma ceremonia y el respeto de antes. ¿Qué fue de La Botella de Oro, el Windsor, El Automático?; ¿dónde quedaron La Cuna de Venus, el Café Victoria, La Gran Vía? Sin duda, han cerrado sus puertas con cientos de recuerdos dentro, que

coyuntura, y ahondar el sentido de pertenencia no sólo con los espacios íntimos sino con los espacios compartidos para transfigurar las nociones sobre lo personal, lo social y lo cultural, con el fin de que haya un fortalecimiento de lazos emocionales en un nivel micro y macro en Bogotá.

Carol Contreras Suárez
Promotora de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Biblioteca Pública El Tintal
Manuel Zapata Olivella

prefieren oler a viejo antes que desvanecerse en el anonimato de unas calles atestadas de estrés, donde el apunte sutil e ingenioso ha sido desplazado por el griterío generalizado de la multitud. Tras aquellas puertas cerradas yacen olvidadas las tardes de música con Garzón y Collazos, la controversia agitada sobre asuntos de política y los manifiestos literarios de vanguardia; los cantos populares de Flórez, los autóctonos versos de Obeso y los giros surrealistas de Vidales; el grito de Zalamea, la pipa fumívora de De Greiff y la bala que mató a Rendón.

Décadas después de su clausura, los ecos de las tertulias literarias del pasado se alzan sobre las chimeneas de las industrias y las terrazas

de las grandes urbanizaciones, cuestionando la memoria de una ciudad que avanza rápidamente sin tiempo para comprender y preservar el valor de los íconos culturales de otra época. El cierre de los cafés antiguos es irrevocable, las ciudades en que nacieron han dejado de existir, son ahora un tumulto gigantesco en cuyo vértigo no tienen cabida las manifestaciones de un ánimo intelectual que se recrea al calor de la conversación, la bebida y la bohemia. Historiadores, sociólogos, literatos o simples nostálgicos nos preguntamos ahora por la desaparición de estas tertulias e intentamos descifrar la clave del olvido al que fueron sentenciadas, tratando de entender, desde una perspectiva histórica, la existencia de las tertulias literarias actuales y la deuda que éstas mantienen con sus antecedentes ilustres de las épocas del farol y el tranvía.

En este contexto y bajo estas inquietudes, en el IV Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria se organizó un espacio dedicado a la reflexión sobre el futuro de estas tertulias literarias en el presente siglo, considerando las modificaciones introducidas por las nuevas tecnologías y las dinámicas de la urbe contemporánea. Con el pretexto de visualizar la existencia y la influencia del Café El Automático en el panorama cultural de nuestra ciudad, así como la obra y la perduración de sus contertulios más insignes, se examinaron las diferencias entre la época de esplendor de esta famosa tertulia y la época actual, en que ésta y otras de sus semejantes sólo producen indiferencia y olvido. La gran mayoría de los espacios y grupos literarios contemporáneos han nacido lejos del centro de la ciudad, nicho éste que acogió a sus antepasados ilustres, adecuándose a las dinámicas de una urbanización permanentemente

desbordada fuera de los límites de la historia y la memoria. En este sentido, es ineludible la relación entre el olvido y la modernidad, entre la racionalización de la vida ciudadana y la despersonalización de las instituciones sociales, entre el advenimiento universal de lo óptimamente útil y la desaparición progresiva de lo sospechosamente ocioso.

Existen factores claves en la desaparición y el olvido de las tertulias del pasado en nuestro país, que trascienden el ámbito específicamente literario y se extienden a un conjunto más amplio de la cultura y la mentalidad colectiva, como el conflicto entre una tradición poco consciente y una modernidad mal asumida, las dinámicas de una urbe contemporánea dominada por el discurso de la racionalidad productiva, y la problemática de una sociedad sin memoria que muestra indiferencia hacia los íconos que constituyen pilares de su cultura.

Las tertulias literarias del pasado son antecedentes fundamentales en la difusión del arte y la cultura, que han desaparecido bajo los avances de la ciudad en materia de urbanismo y tecnología. Es claro que las dinámicas modernas eclipsan y socavan los símbolos culturales de épocas pasadas, lo cual conlleva implicaciones de diversa índole, tanto negativas como positivas, pues si bien es cierto que las tertulias literarias han desaparecido sin mayor resonancia en una sociedad que ha olvidado su importancia, también es cierto que en la actualidad son mayores las posibilidades de acceso a la cultura escrita y a las manifestaciones artísticas de todo tipo, como las que brindan las nuevas tecnologías informáticas respecto de un conjunto amplio de información en todas las áreas del conocimiento.

No obstante estas nuevas posibilidades, resulta imprescindible recordar los espacios culturales que han sido representativos en nuestra sociedad, y valorarlos con la importancia que lograron adquirir en el ámbito de la literatura y la cultura de nuestras sociedades. Considerando, sin embargo, que la desaparición de estos espacios literarios es irrevocable, es preciso concebir y adelantar proyectos de conmemoración y valoración de ellos,

El mojito literario

Cuba: La Bodeguita del Medio

“Colocamos el pañuelo sobre el cenicero para que no se vea el fondo de su cristal, los dientes de sus bordes, los colores que imitan sus dedos sacudiendo la ausencia y la presencia en las entrañas que van a ser sopladas”.

José Lezama Lima.

Bien lo afirmaba el escritor argentino Adolfo Bioy Casares cuando decía que lo más importante a la hora de asistir a una tertulia literaria, o a un taller de creación literaria, era el encontrarse con un grupo de personas que consideraban la lectura, y en sí la literatura, una cosa importante. El ir rodando la palabra de mano en mano, asirla, masajearla, conversarla, con un conjunto de individuos interesados en un autor, en un tema, en un texto, es algo que le da al libro, a la manera de Bachelard, una sólida autoridad que su propio autor no tendría.

en cuanto símbolos representativos de la cultura de nuestro país y como medios de difusión entre los públicos interesados en el arte y la literatura.

Óscar Salamanca
Promotor de lectura y escritura
Franja de jóvenes y adultos
Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo

En un mundo donde lo inmediato es imperativo, en un cosmos donde lo fácil y lo superficial se manifiesta de una manera autoritaria a través de imágenes y mensajes con los que nos bombardean a diario diferentes medios de comunicación, en un universo donde la cultura está supeditada a la sección de farándula de los noticieros televisivos, las bibliotecas emergen como una gran disyuntiva cultural, como una apuesta y una alternativa, otorgándole al libro, a su escritura, lectura y reescritura, un nuevo significado, un protagonismo que antaño, por lo menos en nuestro contexto, no se le había dado.

Es un hecho que los Cafés Literarios y los Talleres de Creación Literaria de las bibliotecas públicas, poco a poco comienzan a ser protagonistas en su localidad. Diversas personas con gustos afines por las artes, en especial la literatura, se han ido apropiando de estos espacios, generando una morada donde se disfruta de un rato ameno con la lectura a la par que se va forjando una actitud crítica frente a ella.

En el pasado Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria nos reunimos a conversar, a intimar sobre dos asuntos que arrojaron una reflexión importante sobre las tertulias latinoamericanas y nuestros espacios de reunión.

Por un lado, nos encontramos con uno de los sitios más emblemáticos de La Habana, Cuba: la popular Bodeguita del Medio.

La leyenda dice que en una ocasión el escritor norteamericano Ernest Hemingway, con su barba rala y su porte prominente, visitó La Bodeguita del Medio. Un mojito cubano lo dejó tan satisfecho que decidió dejar un pequeño recuerdo al escribir una nota de agradecimiento. La nota, un trofeo que hoy custodia con orgullo una de las paredes del establecimiento, decía: “My mojito in La Bodeguita, My daiquiri in El Floridita”. Un verso que Ángel Martínez, dueño del lugar en aquel entonces, hizo enmarcar. Con ello iniciaba una leyenda y configuraba una célebre tradición que consistía en que cada uno de los personajes famosos que visitaran las salas de su establecimiento, dejaran un pequeño recuerdo en forma de fotografía o autógrafo.

Ahora bien, si la Bodeguita no necesariamente es un referente de las tertulias importantes de la cultura latinoamericana, sí es un lugar emblemático donde han confluído diversos e ilustres visitantes entre los que se encuentran escritores como Gabriel García Márquez, Nicolás Guillén, Pablo Neruda, Alejo Carpentier; artistas como Joan Manuel Serrat, Agustín Lara, Joaquín Sabina; actores como Marlon Brando o Brigitte Bardot; y hasta el cosmonauta soviético Yuri Gagarin.

¿Cómo se puede soñar un espacio o hacer de él un refugio? La taberna, la cantina, la bodega, el bar, el

café, la librería y la biblioteca se revelan como una fábula no imaginada, como un recinto escrito o una fortaleza gótica. En sus paredes podemos advertir el pasado como un telar de historias y fantasmas que hablan de lo que aconteció con cada copa de vino bebida, lo que sucedió con cada tertulia realizada. La taberna, la tertulia, al igual que un libro, debe leerse, descifrarse como un evangelio apócrifo.

Por otro lado, La Bodeguita del Medio fue la disculpa para pasar a la segunda parte de nuestro conversatorio y hacernos la pregunta: ¿Cuál es el sentido de la existencia de las tertulias y los cafés literarios en relación con las personas que los conforman, con la comunidad en que se inscriben y con la proyección de la literatura en la región de la que provienen?

El sentido, a mi parecer, no es tan difuso. Los asistentes coincidían en afirmar que los Cafés Literarios y los Talleres de Creación Literaria de las bibliotecas públicas, poco a poco, han comenzado a ser protagonistas en su localidad. Se trata de que existan espacios para el libre ejercicio y el disfrute colectivo de la lectura y la escritura; que los asistentes a estos programas no sólo se apropien de una sala de literatura, sino que empiecen a ser partícipes de su comunidad, a involucrar a otros actores que confluyan en otras estancias de su localidad.

De igual forma, los productos y publicaciones de los Cafés Literarios y los Talleres de Creación Literaria que han venido saliendo a lo largo de la última década, son una muestra de que estos programas están iniciando un episodio crucial para la historia de sus localidades. Con ellos se ha ido quebrando lentamente el mito del escritor.

Podríamos mencionar, por ejemplo, el reciente Premio Nacional de Novela de la Universidad Central, otorgado a la obra *La soledad del dromedario* de Daniel Andrés Villabón Borja, un escritor formado en los espacios de promoción de lectura y escritura de la Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapara Olivella; o el periódico Subanidad, que tiene origen en el Café Literario de la Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas, gracias a las gestiones que realizan sus integrantes.

Hace diez años eran pocos los espacios en los que podíamos encontrarnos con un grupo de personas interesadas en la lectura y la escritura. Hoy en día, los habitantes de Bogotá podemos hallar un refugio, una morada, un mundo ávido por ser soñado y leído en los Cafés Literarios y

Café y Crack

México: Generación del Crack

Después de haber escuchado la lúcida y entretenida conferencia de Juan Gustavo Cobo Borda sobre las tertulias literarias en América Latina, una cuarta parte de los asistentes al Encuentro nos dirigimos a uno de los espacios de reunión de la biblioteca para hablar sobre el Crack, por supuesto no la droga, aunque algunos se sintieron atraídos por esa relación, sino el grupo literario conocido como la Generación del Crack. Este es un grupo literario mexicano contemporáneo, compuesto originariamente por cinco escritores nacidos en la década de los 70. Con manifiesto incluido y con prolíficas publicaciones, este grupo se ha dado a conocer en América Latina por sus búsquedas

Talleres de Creación Literaria de la Red Capital de Bibliotecas Públicas – BibloRed. Personalmente, como promotor de lectura y tallerista de creación literaria en estos últimos años, me siento orgulloso de ser parte de este proceso.

Seguramente en un futuro las bibliotecas y sus espacios de lectura y escritura, albergarán un capital simbólico como el que hoy llevan a sus espaldas lugares como La Cueva de Barranquilla, El Automático de Bogotá o La Bodeguita del Medio de La Habana.

Henry Alexander Gómez
Promotor de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Biblioteca Pública Parque El Tunal

formales y por la reivindicación de los logros en la transformación de las estructuras literarias obtenidas por el Boom latinoamericano. Una de las claves para comprender las posiciones y búsquedas de este grupo está en la frase: “asesinar al padre para resucitar al abuelo”, lo que implicó el “crack”, la fractura o dislocación con su herencia literaria inmediata, (el postboom), y el acercamiento y experimentación con una literatura compleja y exigente más cercana a las exploraciones del tan conocido Boom literario latinoamericano. En este grupo las consignas van desde: “Amarás a Proust sobre todos los otros”, para restituir la diversidad de las voces en la novela, hasta “honrarás la es-

quizofrenia y escucharás otras voces; déjalas hablar en tus páginas”, con lo cual daban paso a un narrador pluridimensional que se desdobra en los hechos exacerbados que sus novelas presentan. Figuras como Jorge Volpi, tal vez el que más vuelo ha tenido de esta generación, Ignacio Padilla, Elloy Urroz y Miguel Ángel Palou hacen parte de este grupo literario que, aunque no haya surgido de una tertulia literaria o de reuniones en un café, consolidó una nueva apuesta en la literatura contemporánea.

Si esto es así, ¿por qué hablar de la Generación del Crack cuando el objetivo central del Encuentro era reflexionar sobre los cafés literarios? En primer lugar, porque siempre es interesante conocer nuevas alternativas para pensar el fenómeno literario; en segundo lugar, porque a partir de los espacios de reunión para dialogar sobre literatura, sean tertulias o cafés, se pueden generar esas nuevas apuestas de donde surja otro visor, otra perspectiva que alimente y nutra nuestra visión y relación con la literatura, ese puede ser un objetivo de estos espacios de reunión, ¿no? Ciertamente, y es aquí en donde hablar de Crack, el grupo, y los Cafés Literarios de BibloRed, encuentra su sentido, pues de éstos podrían surgir movimientos o grupos que planteen su posición y originen innovaciones dentro del escenario cultural de la ciudad.

Con este telón de fondo surgió la pregunta eje de nuestro espacio de debate en el Café Literario Especializado: además de los objetivos ya establecidos para los Cafés Literarios de BibloRed, ¿qué otras propuestas podrían desarrollarse con el objeto de dinamizar y potenciar social y culturalmente estos espacios?

En principio, vale la pena señalar que los participantes de este grupo, en la contextualización inicial, dieron cuenta de manera personal y significativa de los objetivos que percibían deben tener y tienen los Cafés Literarios de las bibliotecas públicas de la ciudad. El reconocimiento de que son espacios para compartir, para escuchar y reconocer a los otros en sus diferencias, para explorar en los diversos géneros, autores y movimientos literarios, para retroalimentar y confrontar los propios discursos en los debates que surgen en los Cafés, para construir conjuntamente pensamientos y conocimientos, para obtener herramientas que permitan descubrir el universo múltiple y complejo que confluye en los textos, en la cultura, y para reconstruir la memoria colectiva, nos permitió ver que los objetivos del programa se cumplen y son confirmados por las percepciones que estos participantes, que venían de Cafés de las diferentes bibliotecas públicas, tienen sobre estos espacios.

Ahora bien, ¿qué otras propuestas podrían desarrollarse con el objeto de dinamizar y potenciar social y culturalmente estos espacios? La discusión sobre esta pregunta, que no se cierra con una respuesta o dos, sino que debe seguir estando en la raíz, en la matriz de los Cafés Literarios, para que no se establezcan sino para que se piensen y realicen siempre en miras a una consolidación más fuerte de sus dinámicas y de sus posibilidades, dio como resultado dos propuestas básicas. La primera, y que está en la base de lo que debe ser el buen desarrollo de este tipo de programas, es generar procesos de convocatoria y de visibilización más fuerte acerca de lo que se hace en los Cafés Literarios para que lleguen más participantes que puedan

enriquecer las tertulias con sus conocimientos y sus puntos de vista sobre los temas a tratar. En este punto surgió la propuesta de buscar articulaciones con otras instituciones y entidades, como colegios o fundaciones culturales, a partir de las cuales puedan proyectarse los espacios e interesar a un mayor número de personas a participar activamente en nuestros Cafés. Sin embargo, esta articulación no debe darse sólo como posibilidad para atraer más público, sino como plataforma a partir de la cual se empiecen a exteriorizar los procesos que se realizan en las tertulias y que puedan propiciar el enriquecimiento cultural de otros sectores desde los conocimientos y reflexiones construidos en los Cafés Literarios de las bibliotecas públicas.

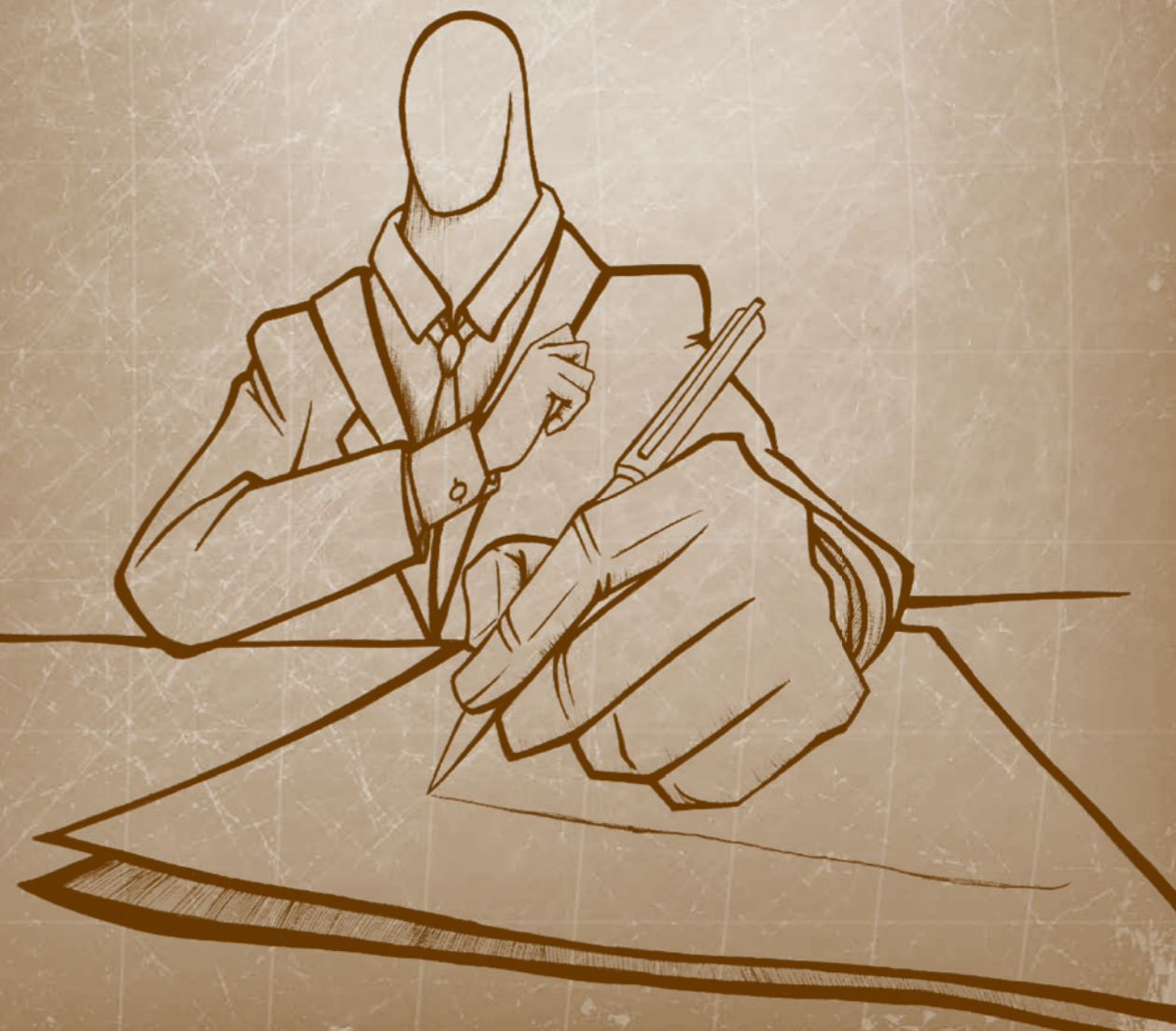
Asimismo, y en una relación bidireccional, estos sectores (educativos, culturales, sociales) también pueden aportar significativamente a los ciclos que se desarrollan en el programa, permitiendo sobre todo la construcción en red de nuevos modos de comprender y de generar pensamiento y cultura. Si bien en la discusión se pensó en la articulación con colegios y entidades educativas, creemos que la articulación debe generarse también con entidades que estén abriendo espacios para crear e innovar en el campo cultural, en el campo educativo y en el campo social, pues nos pensamos siempre como una parte importante de ese complejo sistema de conocimientos que se amplía y transforma a partir de los diálogos con los textos, con las teorías; de las confrontaciones con el autor y con aquellos otros que, al tener una posición diferente y en ocasiones disímil, permiten que los procesos intelectuales se movilicen para fundar nuevas perspectivas que transformen los modos del conocer.

La segunda propuesta tiene que ver con crear proyectos de producción escrita dentro de los diferentes ciclos de los Cafés Literarios que puedan compilarse y publicarse para que circulen y se exterioricen las reflexiones e ideas generadas dentro de estas tertulias. Esto contribuiría a la construcción de conocimiento desde la biblioteca pública con miras al desarrollo social, educativo y cultural de la ciudad, y a la visibilización de estos espacios como centros de discusión creativos e innovadores que reconocen su responsabilidad de aportar significativamente al entramado intelectual de la ciudadanía. Serán entonces los ciudadanos, desde los espacios y programas públicos, quienes creen pensamiento y conocimiento para toda la ciudadanía. Esta propuesta se articula perfectamente con aquel objetivo ya propuesto en los Cafés Literarios de BiblioRed de generar un programa que, al favorecer el diálogo, la crítica, la reflexión y la construcción de pensamiento, promueva la creatividad y la producción de la palabra escrita. Por tanto esta propuesta, aunada con la anterior, se debe proyectar y ejecutar, ampliando los espacios para el ejercicio de la escritura en los ciclos semestrales temáticos que realizamos. Ejercitarnos en la escritura de reseñas, ensayos, críticas, permite que las discusiones y reflexiones de estos espacios de tertulia tomen cuerpo y presencia para consolidar así una voz, con sentido y experiencia, que hable a la ciudad a través de los discursos que se han venido tejiendo en estos diez años de reflexión.

Cristina Giraldo Prieto
Promotora de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Biblioteca Pública Virgilio Barco

Parte III

Creación literaria



Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella

Camilo Cerón

Con tan sólo 13 años, Camilo ha asistido a los programas de promoción de lectura y escritura para jóvenes de la Biblioteca El Tintal Manuel Zapata Olivella, Taller de Creación Literaria y Literatura y las Artes, donde desarrolló este poema para acompañar una muestra de esculturas sobre la memoria de las víctimas en nuestro país.

Monólogo de un vagabundo

Pobre de mí que estoy en el edén que se desvanece por el matiz de la mañana, lo que me recuerda la hora de entrada al desdén de mi alma, la cual se sumerge en un mar de miradas, delgadas, frías y turbias, que desaparecen cuando se diseminan las oscuras neblinas del polvo, que entre las líneas y una vista borrosa me lleva al cielo en busca de un coctel de mentiras.

Desperté entre mugre, desidia y unas cuantas miradas mientras mis pupilas dilatadas veían la tormenta, y yo como un pequeño niño recostado en el pasto, con los ojos entrecerrados, sentía que las miradas cobraban vida y que las rejas de la indiferencia se convertían en indignación de aquellos trascendentes que miran con asco y se sienten dioses a mi lado, al mismo tiempo que son uno de los tantos gusanos que pudre la fruta de mi vida, pasándome por el lado, mientras yo en una esquina, con el cartón que escucha mis plegarias y ve caer, caer y caer, me refugio de la lluvia y con una leve lágrima en mi mejilla me desahogo del diluvio de mi vida.

Fernando Araque

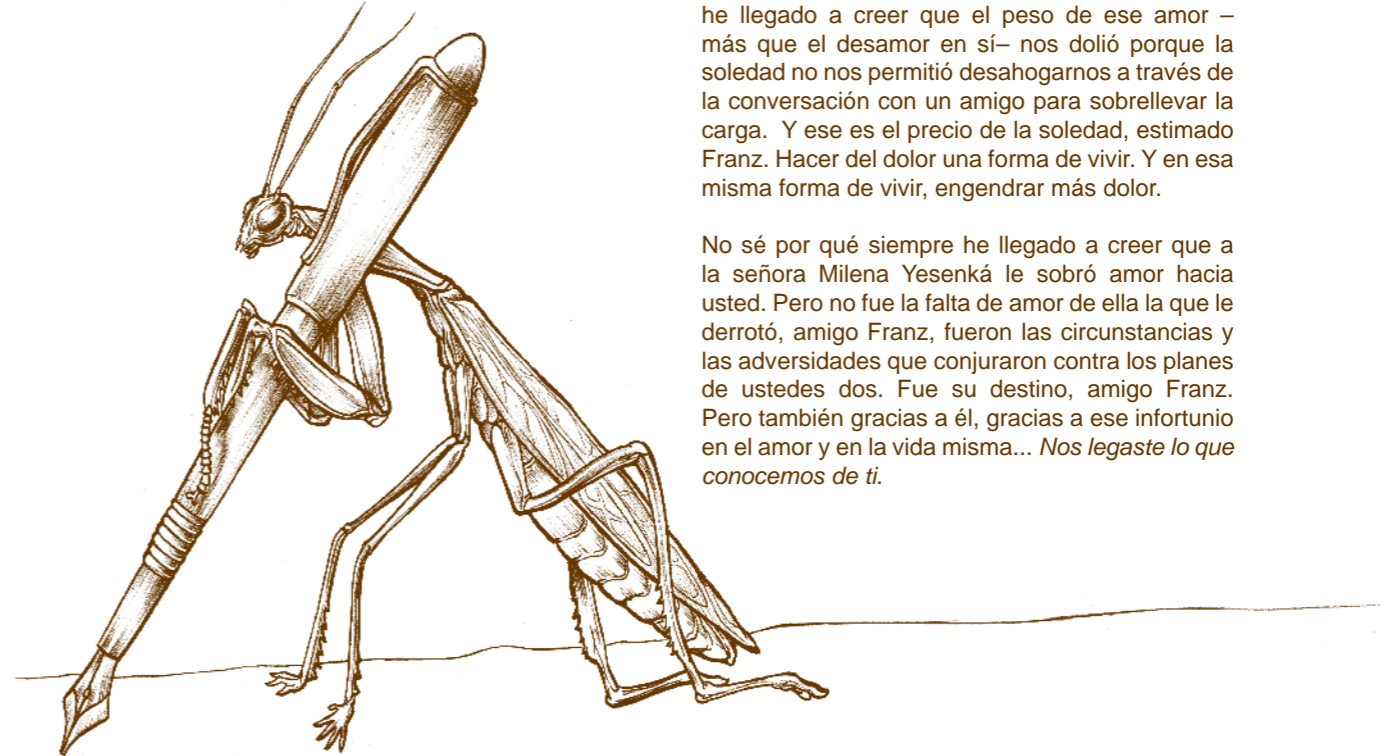
Asiduo al Café Literario “La conjura de los necios” y el Taller de Creación Literaria de la Biblioteca El Tintal Manuel Zapata Olivella, se reconoce como un gran lector de la obra de Shakespeare. La carta que se incluye en estas memorias es resultado de un ejercicio realizado en el Café Literario, cuyo objetivo era comunicarse con uno de los escritores trabajados durante el segundo ciclo de 2010, abordando las coincidencias en cuanto al amor o la literatura.

Carta para Kafka desde el siglo XXI

Ah, estimado maestro Franz. Cuántas veces he deseado haber vivido en aquél tiempo, para hallar la forma de acercarme a su dolor; hacer no sé qué cosas legales o qué patrañas para vincularme con usted. Tengo la certeza de que si así hubiera sido, habríamos generado un vínculo ante los conceptos del dolor que nos producen las injusticias de la vida; nos habríamos confesado como entrañables amigos las locuras, los dolores y todo aquello que compete al hecho de amar a una mujer, en el esplendor del amor, en las dudas, los miedos, los odios, y todos aquellos momentos consecuentes o dispartados que nos obsequia esa fortuna.

Tanto usted como yo hemos sufrido el amor, pero he llegado a creer que el peso de ese amor – más que el desamor en sí– nos dolió porque la soledad no nos permitió desahogarnos a través de la conversación con un amigo para sobrellevar la carga. Y ese es el precio de la soledad, estimado Franz. Hacer del dolor una forma de vivir. Y en esa misma forma de vivir, engendrar más dolor.

No sé por qué siempre he llegado a creer que a la señora Milena Yesenká le sobró amor hacia usted. Pero no fue la falta de amor de ella la que le derrotó, amigo Franz, fueron las circunstancias y las adversidades que conjuraron contra los planes de ustedes dos. Fue su destino, amigo Franz. Pero también gracias a él, gracias a ese infortunio en el amor y en la vida misma... *Nos legaste lo que conocemos de ti.*



Germán Báez

Usuario regular del Taller de Creación Literaria de la Biblioteca El Tintal Manuel Zapata Olivella. En el cuento que incluimos en esta selección, Germán explora el universo de los diálogos a través de un viaje por el tiempo.

Encuentro en el Tiempo

I
Bones se levantó aquel día algo preocupado. La misión que le había ordenado el Consejo Galáctico no era nada fácil.

—¡Un viaje en el tiempo! —exclamó apenas le dieron la noticia.

Así es capitán. Hoy nos llegó el comunicado de que la máquina ya se encuentra lista.

—Pero, ¿por qué yo? Debe haber alguien más que se ofrezca a ir encantado.

—Usted capitán ha ganado todas las medallas al valor y al coraje por la institución, sus misiones siempre fueron perfectas e irreprochables. Debido a que la misión es de extrema importancia, sólo usted es el apropiado para realizarla. Se están ultimando los preparativos. No demorarán en informarle cuándo y a dónde viajara.

—¡Pero eso es imposible! —volvió a exclamar exasperado—. Por siglos se ha intentado y nunca se ha logrado.

—Imposible hasta ahora, pero vamos a cambiar

la historia. Alégrese capitán Bones, usted junto con el profesor serán los primeros seres en viajar al pasado. Sus nombres quedarán escritos en la memoria colectiva de la humanidad. Este es un gran salto para la ciencia, y para la milicia...

—Pero...

—Pero nada, descanse bastante, unas 10 horas serán suficientes, y prepárese para salir capitán. ¡ES UNA ORDEN!

Una orden, era una orden y por la tanto irrevocable o inevitable. De ser así lo considerarían traidor a la paz y lo condenarían al exilio en algún planeta desértico y olvidado. Miedo, lo que Bones tenía era miedo. Miedo de morir intentando saltar en el tiempo. Hubiera preferido ser exiliado a cualquier lugar, en vez de ser enviado al pasado. ¿Y si no volvía? Eso era peor castigo que el exilio. Pero no volver no era tan preocupante como morir.

Muchos antes que él lo habían intentado. Perecieron cercenados y mutilados, sus cuerpos explotaron, se desintegraron antes de zarpar. Algunos sobrevivieron, pero nunca lograron rehacer sus vidas a causa de sus discapacidades. No quería vivir así, o morir sin mayor gloria, uniéndose a una lista de patéticos soñadores que no alcanzaron sus sueños a causa de no aceptar que la ciencia y el tiempo no se pueden vencer.

Luego de desayunar algo ligero, Bones revisó su comunicador personal. Un mensaje nuevo, con una luz roja titilando, resaltaba las palabras: URGENTE, ARCHIVO CLASIFICADO. Encabezaba la lista y no dejaba de emitir un leve sonido aturdidor. Bones lo leyó, eran las instrucciones para su misión. Debía aceptarlas y no podía hacer nada. Agachó la cabeza, en acto

de aceptación y sumisión. Tomó su maletín y salió en busca del profesor.

II

Manuel caminaba pensativo entre los trigales. No se podía explicar qué era lo que estaba sucediendo. Aquel día un buen sector del sembradío amaneció seco y quemado, como en otras ocasiones. Nadie en la región se lo explicaba y los más locos decían que era “cuestión de extraterrestres”.

—¡Extraterrestres! No puede ser —se decía Manuel—, es cuestión de otra clase.

—Tienes que creerlo hijo —le contestó el abuelo—, yo los he visto.

—¡En serio! ¿Mientras duermes?

—No te burles de mí, Manuel. Fue cuando yo era joven...

—Hace siglos...

—Además, ¿qué otra explicación le puedes dar?

—¿Qué sé yo? A lo mejor, en esos sectores, la tierra es de otra cales, su alcalinidad es diferente y por eso los cultivos no prosperan.

—Qué alcalinidad ni qué diablos. Son extraterrestres Manuel, y yo no estoy loco. Tú mismo has visto las figuras...

Las figuras, sí, Manuel había visto las figuras. Cada vez que Manuel y su hermano menor Pedro subían al cerro, alcanzaban a divisar todo el pueblo, la hacienda de su familia y los campos de trigo. Los sectores secos también se divisaban ¡y de qué manera! Formaban espirales y dibujos casi perfectos de simios y caracoles.

Manuel había visto las figuras, pero habría creído que al abuelo le faltaba un tornillo si la noche pasada no hubiera visto algo bastante raro. No podía dormir y salió de la cama a dar una vuelta, a ver si la noche le espantaba el desvelo. Estaba en la cocina tomando un vaso de jugo cuando la ventana, que daba al campo, se iluminó toda, con una luz tan brillante que Manuel no vio nada, y luego se volvió a apagar, casi de manera instantánea. Manuel salió corriendo al patio y alcanzó a observar un disco desapareciendo en la nada. No lo podía creer. Pensó que desvariaba, pero estaba seguro de haberlo visto. No soñaba, estaba seguro, tanto que derramó el jugo encima para verificarlo.

Aquella noche Manuel se cambió el pijama y se fue a dormir prometiendo salir todas las noches a pescar luces y platos de colores. Así como esta noche, en la cual paseó en el campo. Llevaba media hora y tenía entumidas las piernas. Decidió ir a dormir porque esta noche al parecer tampoco encontró nada.

III

La nave viajaba a gran velocidad. El Consejo Galáctico tenía razón, era un viaje bastante agotador. Bones y el profesor se dirigían al lugar más desolado de la galaxia, para emprender el viaje que los llevaría más allá de su infancia. Necesitaban estar lo más alejados posible de todo rastro de vida. No podían cometer errores y sacrificarse en el olvido del espacio era parte de las precauciones a tomar.

—Capitán, ¡levántese Capitán!

—¿Qué pasa Rice? ¿Por qué me desconecta?

—Estamos a punto de llegar. Tiene que apagar el rehabilitador antes de que nos detengamos.

—¿Acaso es tan peligroso?

—No es eso, la máquina necesita bastante energía para funcionar. Tenemos que apagarlo todo.

—¡Todo!

—Sí, todo.

—¿Hasta los intercomunicadores?

—Todo. Los intercomunicadores, los rehabilitadores, los estabilizadores, los controles y mandos. Todo, hasta la nave.

—Pero... ¿y si nos ocurre algo?

—No va a ocurrir nada. No sea cobarde capitán.

Bones estaba a punto de sufrir un paro fóbico. Aunque la máquina temporal ya había sido probada en varias ocasiones, nunca lo hicieron con seres vivos, y puesto que la energía de la masa corporal podría afectar la dinámica del platillo, los riesgos eran mortales. Si existiera algún modo de escapar en ese instante Bones no lo pensaría ni dos veces, se alejaría todo lo que pudiera de ese infernal sitio. Pero ya se había embarcado en esa macabra aventura, no había marcha atrás, le tocaba enfrentarse con su destino.

Mientras apagaban todos los artefactos y preparaban el funcionamiento de la máquina, Bones pensó en el profesor Rice, un don nadie que no tenía ni títulos ni reconocimiento de alguna clase. Un científico loco tras la búsqueda de la grandeza, que contaba con la suerte del presente. Aquel ser regordete y bajo, que bien podría pasar por un indigente, un cobarde traidor

dispuesto a lo que fuera con tal de sobrevivir, y sin embargo no era así. Las cualidades de Rice eran excepcionales, estaba allí dispuesto a cualquier peligro y amenaza, dispuesto a dar su vida con tal de ser recordado. Bones se sintió como un imbécil, había estado actuando como un niño chiquito, caprichoso y grosero. Pero podía resarcir su error. De ninguna manera iba a dejar que el profesor lo superase. El capitán no iba a pasar como un cobarde ante nadie.

Bones alzo su cabeza e irguió su cuerpo. Silenciosamente ambos ingresaron en el platillo. Se acomodaron en sus respectivos lugares y se amarraron cinturones por todo el cuerpo. Un salto cósmico de aquella magnitud podría consumirlos. Deberían amarrarse bastante bien, sobretodo contando con la viscosidad de su cuerpo.

Cuando estuvieron asegurados, el disco lentamente comenzó su rotación, luego gradualmente aceleró su velocidad. Más que una máquina del tiempo, aquello parecía un artefacto con el objeto de hacer vomitar a todo aquel que no lo lograra con el dedo en la boca.

—¿Por qué usó una nave tan arcaica para fabricar su máquina? ¿No pudo conseguir algo más viejo? Uno de esos aviones prehistóricos, por ejemplo.

—Quise utilizar una nave con la última tecnología, pero extrañamente este platillo, de los primeros modelos espaciales construidos, fue el único que soportó el salto temporal.

—¿Qué pasó con los otros?

—Estallaron antes de funcionar, o nunca volvieron.

—¡Aaaahhhhhhhhhhh...!

El platillo giró mucho más rápido, consumió toda la energía de la nave que los llevó hasta allí. Parecía que también consumía la energía de las estrellas cercanas, porque poco a poco se fueron fundiendo. La oscuridad empezó a tomar forma. El universo parecía el rincón más oscuro de un sucio sótano.

Bones empezó a cabecear, no podía creer que fuese a dormir de forma natural, nunca antes lo había hecho. El sueño lo fue consumiendo. Las vueltas en la nave lo ponían soñoliento. Rice resistió un poco más. Bones no lo soporto, se durmió, Rice lo siguió.

El platillo consumió la energía de los dos seres, giró mucho más rápido que antes, parecía que iba a estallar, y de repente...

De la oscuridad surgió la luz, las estrellas se iluminaron de nuevo. El universo estaba como antes y el platillo había desaparecido.

IV

Hace poco había anochecido. Las estrellas iluminaban la noche y el cielo despejado anunciaba que no iba a llover. Manuel aún no quería volver a la casa cuando un ruido detrás de él lo asusto. Volvió rápidamente y con la voz agitada trato de gritar.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, tu abuelo. ¿Te asusté? ¿Creíste que los extraterrestres te iban a atacar?

—Tan chistoso, abuelo. No te burles de mí. Ya tengo suficiente con los castigos de mi padre.

—Y te va a castigar más fuerte si se entera de tus

salidas por la noche. ¿Por qué no te has ido a dormir?

—No tengo sueño, abuelo. Y por favor no le cuentes nada a papá. No quiero problemas.

—Si se entera no será por mi boca. Tú mismo te buscas tu condena.

—No me sermonees abuelo.

—No es un sermón, es un consejo. Si no quieres problemas no te los busques.

—Yo no los busco, sólo quiero saber por qué se quemaron los campos por la noche, es todo.

—Ya te lo dije, eso no está en nuestras manos. No podemos hacer nada. No trates de hacerte el héroe por algo que no vale la pena.

Manuel estaba a punto de darle la razón al abuelo. Llevaba semanas saliendo por la noche y nada había ocurrido. La única noche en que no vigiló fue cuando estuvieron hasta tarde en casa de su tío. No pudo montar guardia. Pero era imposible que hubiese pasado algo precisamente la única noche en que no estuvo. Creyó que empezaba a enloquecer sin razón alguna. Decidió hacer caso del abuelo e ir a la cama. Sus cobijas lo esperaban en la cama y ya se encontraba cansado después de tantos desvelos.

Abuelo y nieto entraron en sus camas y las luces en la casa desaparecieron, como lento fue desapareciendo el brillo de las estrellas. Una por una se fueron apagando. Parecía que en el espacio sideral cada niño se hubiese puesto de acuerdo para apagar su lámpara al mismo tiempo. Oscura quedó la noche, como oscuros quedaron el campo y la casa, perdidos en la lejanía de las

grandes ciudades. La oscuridad fue aún más espesa aquella noche.

Manuel enrollado en sus cobijas trataba de dormir. El abuelo ya dormía profundamente y sus ronquidos sobresaltaban hasta la piedra más pequeña en la granja. Manuel atento a la sinfonía nocturna se extrañó cuando dejó de oírla. De pronto escuchó una clase de explosión afuera. Saltó rápido de la cama y en un instante estuvo listo en el patio para observar lo que sucedía.

—¿Manuel, qué pasa? ¿Por qué hay tanto ruido?

—¿Qué haces levantado, Pedro? Vete a la cama.

—No puedo dormir, aunque el abuelo ya no ronca, aquí afuera hay mucho ruido. No puedo pegar el ojo.

—Mira Pedro, si papá nos encuentra aquí afuera nos va a castigar toda una semana.

—Pero no es mi culpa. Tú estabas aquí primero, además...

—¿Además qué?

Pedro había enmudecido, sólo se limitó a señalar detrás de Manuel. Manuel giró y también enmudeció. Se limitó a observar la explosión de luces y humo que hubo sobre los trigales. Primero todo comenzó como un pequeño punto, del tamaño de una luciérnaga. Luego creció, las luces se entremezclaron y un destello luminoso cegó a los dos hermanos, momentáneamente. Sus oídos estuvieron a punto de estallar. El ruido aumentó intensamente, más fuerte que el despegue de un avión, más escandaloso que una sierra a toda velocidad, más tétrico que el punto exacto en donde cayó la bomba atómica en Hiroshima. El humo lo

cubrió todo. Era una argamasa espesa de materia gris, gaseosa y caliente. La luz desapareció, el ruido también. Las estrellas iluminaron, y el patio, la casa y el campo retornaron a su estado original en una noche despejada.

V

Cuando el humo se disipó reveló la figura de un gigantesco plato con patas. Una especie de compuerta se abrió y aparecieron dos figuras extrañas que surgieron del interior del aparato. Manuel se había desmayado del susto. Pedro observaba atento a los extraños seres. Uno de ellos era bastante alto. Su cuello delgado y largo sostenía una cabeza bastante grande, como grande deberían tener el cerebro, porque no poseían pelo y su cara casi toda era frente. Sus extremidades también eran largas, al igual que sus dedos. El otro tipo era más bajo y regordete, pero su cabeza era mucho más gigantesca que la de su compañero.

—Hola pequeño —se adelantó a decir el profesor—. ¿Cuál es tu nombre?

—Hola —respondió Pedro, con tranquilidad—. Me llamo Pedro. ¿Y ustedes quiénes son?

—Mucho gusto Pedro. Yo soy el profesor Rice y mi compañero es el capitán Bones.

—Ah... Mucho gusto.

—Mucho gusto —contestó Bones de mala gana, pues no le gustaban los niños y menos los del pasado.

—Ahora Pedro —continuó Rice— serías tan gentil de decirme ¿en qué año nos encontramos?

—Sí, es el 2005.

—¡2005! Perfecto, la máquina funcionó a la perfección.

—¿La máquina? ¿Ustedes son extraterrestres?

—¡Claro que no, niño! —Contestó Bones—. Los extraterrestres no existen, todo el mundo lo sabe. Además, ese es un término muy despectivo.

—No pequeño, —continuó Rice— nosotros somos hombres como tú, o como él —dijo señalando a Manuel, quien dormido en el piso, ahora comenzó a roncar como su abuelo.

—¿Y por qué se ven diferentes?

—Lo que pasa es que nosotros venimos del futuro. Somos de millones de años adelante. Y en el futuro los hombres evolucionamos, todos nos vemos así.

—Ah... Como los micos y nosotros.

—¡Exacto, algo así!

—¿Y cómo es eso del futuro? ¿Cómo se ve todo allí?

—¡Es fantástico! Verás...

Mientras el capitán recogía pruebas de su viaje y escribía una especie de bitácora en su comunicador personal, sobre el avance de la misión, el profesor Rice conversaba con Pedro y la daba clase de historia. Con su peculiar manera de narrar las cosas, las demasiadas preguntas de Pedro a cada momento y la sinfonía de ronquidos de Manuel, que ya amenazaba con superar a la de su abuelo, le explicó que en el futuro el hombre colonizaría el espacio exterior. Fabricaría platillos

voladores, como en el que llegaron, viajaría a diferentes planetas y descubriría algunos con condiciones parecidas a las de la Tierra, en donde iniciarían puertos espaciales. Con el tiempo la tecnología avanzaría y por lo tanto la fisionomía del hombre también. La masa cerebral aumentaría, y por lo tanto la cabeza también. El manejo táctil de las computadoras ayudarían a alargar los dedos de las manos y a desaparecer uñas. Las extremidades también se estirarían y el hombre sería más alto. Alguien como el propio profesor, bajito y gordo, sería considerado feo. La viscosidad en el cuerpo aparecería como medio de proteger la piel. El hombre al estar expuesto a nuevos y diferentes tipos de climas necesitaría refrescarse, calentarse o protegerse de las adversidades cutáneas, por lo que la viscosidad sería un gran alivio. Sus ojos también aumentarían, al mejorar la vista y la necesidad de usarla. Las orejas tendían a desaparecer, pero el oído se afinaría mucho más, parecido al de las ballenas. Los avances tecnológicos los ayudarían a evolucionar, pero la colonización espacial también.

Terminó comentándole que el platillo que estaban viendo era muy antiguo, pero fue lo único que le permitió hacer un viaje así. Eso era un gran avance, con el tiempo su máquina se perfeccionaría y no produciría tanto miedo al llegar. Después de conversar largo y tendido, Pedro y el profesor parecían viejos amigos, que se reencontraron después de mucho tiempo. Bones estaba impaciente.

—¡Ah! Y por eso se secó el trigo.

—Sí, no sabía en donde aparecería la máquina, y cuando la probamos por primera vez, al llegar aquí, se secó el trigo.

—Pero no volverá a ocurrir. ¿Verdad?

—No, por supuesto que no. Voy a reprogramar las coordenadas, y sus campos no se quemarán nuevamente.

—¡Muchas gracias profesor!

—Qué pena interrumpirlos —dijo Bones—, pero ya debemos irnos doctor.

—Tiene razón Capitán. Pedro fue un gusto conocerte. Ahora debemos partir.

—Espero volver a verlo pronto, profesor.

—Así será. Cuídate y se un chico bueno.

Entre Bones y Rice alzaron a Manuel y, con ayuda de Pedro, lo llevaron hasta su cama. Se despidieron de Pedro y le hicieron prometer que no saldría de la casa, porque podría ser peligroso. Subieron al platillo y repitieron la ceremoniosa operación de arranque de la máquina. Nuevamente se repitieron las vueltas, los giros, el sueño y la desaparición.

Pedro observó todo desde la cocina, observó a las estrellas apagarse una por una, a la oscuridad aparecer una vez más, al plato girar hasta casi estallar, y de repente...

De la oscuridad surgió la luz, las estrellas brillaron de nuevo. El platillo desapareció y el campo de nuevo descansó.

VI

Pedro volvió a la cama algo excitado por la aventura que acababa de vivir y Manuel finalmente logró dormir aquella noche. El capitán Bones y el profesor Rice fueron recibidos con honores por el Concejo Galáctico. La Comunidad de Científicos por fin le otorgó un reconocimiento al profesor y lo nombro el nuevo director del Departamento de Viajes Espacio-Temporales. El Consejo Galáctico le ofreció al Capitán lo que fuera y Bones se limitó a pedir que nunca lo enviaran de nuevo al pasado. Cambiar de época lo atemorizaba.

A la mañana siguiente Pedro le contó todo a Manuel, pero él no le creyó nada y le dijo que no se acordaba ni de las luces, ni del ruido, ni del humo. De todas maneras no volvió a salir por las noches, puesto que el trigo no volvió a amanecer seco. Pedro se conformó con saber que su aventura era cierta, pero no la comentó nunca más a nadie, y el abuelo se extrañó mucho al encontrar viscosidades en la cocina, pues nunca supo de donde provenían.



Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo

Amílcar Bernal Calderón

Tiene 60 años, es ingeniero mecánico y consultor independiente. Estado civil: enamorado de su esposa. Aficionado a la literatura, lector. Se han publicado sus poemarios “Solos de retruécano”, primer puesto en el VII Concurso Nacional de Poesía Ciudad de Chiquiquirá, 1999, y “La sal de los hoteles”, segundo puesto en el concurso internacional de poesía Miguel de Cervantes, Armilla, España, 2001. Finalista en varios concursos nacionales e internacionales de relato y poesía. Cuentos y poemas han sido publicados en revistas literarias, periódicos y en Internet.

El chaleco

¿Recuerda usted, señor, que hace unos dos años, 26 de mayo, lo dice el recibo, vine a su negocio para que me hiciera un chaleco azul? El recibo indica que mi recuerdo dejó en anticipo diez mil pesos, quedó pendiente un saldo y usted pasó a deberle un chaleco de lana a mi talla de entonces. Le consta a mi frío. Después, no lo dice el recibo, vine muchas veces por él, vano intento, y usted siempre dijo que el man que le suele tejer los chalecos aún no lo traía, que lo perdonara y volviera otro día, que no era su idea romper compromisos, que no era su culpa, perdones y olvidos.

Han pasado dos años, señor, dos años de frío, dos años de culpa, dos años de agujas que no tejen lana, perdones y olvidos. Y aquí estoy de nuevo. Pero no se preocupe: no vengo a cobrarle ni a

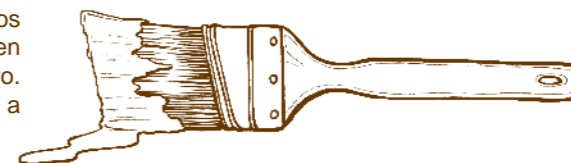
armar un conflicto. Es sólo que el frío de ahora ha cambiado de gusto, de sol en el aire, de luz en el viento, y vine a pedirle que ordene que tejan marrón el chaleco, ¿o gris...? Mejor dicho, el año que viene regreso y le digo de qué color quiero pensar el futuro.

Cromáticas

La diferencia entre el negro y el gris es sólo una pincelada de tristeza, entre el rojo y la sangre es sólo una guerra, entre el amarillo y el sol tan sólo una gota de sudor, entre el anaranjado y la sed sólo existe una fruta de distancia, entre el verde y la alegría apenas un desierto.

Entre el azul y el cielo la diferencia son las mentiras sobre Dios, entre el ocre y el ladrillo la casa de un pueblo, entre el marrón y el café un cigarrillo después de almorzado el mediodía, entre la transparencia y el vacío la pus de andar solo.

La diferencia entre pintar y pensar es el color.



Giselle Andrea Bogoya Aguilón

Estudiante de décimo semestre de Trabajo Social en la Universidad de La Salle. Nació en Bogotá el 8 de agosto de 1987. Desde hace 6 meses asiste al Café Literario y al Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo. Desde que entró a la universidad ama la lectura, y fue allí donde descubrió su pasión por escribir. Además, en la biblioteca ha encontrado un espacio propicio para seguir escribiendo y para poder mejorar día tras día.

El idioma de la lluvia

Helena iba para su casa en el autobús, afuera las nubes descargaban toda su rabia en forma de lágrimas, o eso pensaba ella, el cielo gris, como de pavimento, parecía hermético e indescifrable.

En una parada, mientras observaba a la nada, ensimismada en la música, vio cómo en uno de los peldaños de metal de la estación las gotas de lluvia se arrumaban en un movimiento extraño para ella, como si las gotas se atrajeran o repelieran mutuamente por razones ya predichas.

Cada gota de lluvia hacia las veces de una letra, los grupos de gotas amontonadas formaban un párrafo y todo en su conjunto acompañado del sonido sordo del exterior formaba una hoja, cada calle un capítulo, cada ciudad un libro, todo el mundo una biblioteca.

Era un manuscrito del cielo para los terrestres. Qué lástima que Helena no supiera leer el idioma

de la lluvia, no podría entender aquello que las nubes trataban de decirle.

¿Por qué no había pensado en eso antes? Todo tiene su idioma, ¿no? Todo tiene su forma de escribir. Si los animales tienen sus propios sonidos, sus propios colores, y sus particulares olores con los que escriben y dejan mensajes en la tierra o en los troncos de los árboles, ¿por qué el cielo no tendría una forma de escribir sobre el pavimento, los tejados, las sombrillas o las pieles?

¿Qué se necesitaba para comprender la literatura de la lluvia que cae en su pelo?, pensó Helena; se necesitará, tal vez, un sentido sumamente especial, sensible, pero sobre todo abierto a lo desconocido.

Empezó a escribir garabatos en los cuadernos que le regaló su padre la Navidad anterior, empezó como un capricho, una curiosidad, trataba de desarrollar más su idea, trataba de encontrar algún código común entre la escritura de la lluvia y la del sol en los atardeceres. Capturó algunos resfriados y se insoló algunas veces tratando de descifrar, tratando de entender... Poco a poco se olvidó de sí misma, se olvidó de su propio idioma, ya no paseaba con su padre los jueves en la tarde y empezó a faltar a clases.

—La más tonta y ridícula obsesión —le dijo su padre a la trabajadora social de la universidad en la primera reunión familiar que tuvieron para resolver el problema de poca concentración que presentaba Helena en cada semana que transcurría.

La trabajadora social explicó a Luis, el padre de Helena, que su hija, además de no atender a las

clases y bajar su promedio, tenía dificultades para entenderse con sus compañeros de clase. Según relatos de algunos compañeros de Helena, a quienes la trabajadora social había entrevistado, no le gustaba que hablaran ni hicieran ruidos, porque necesitaba escuchar el sonido de las hojas y el goteo de los grifos en los baños. Al principio pensaron que sólo era una broma, algo para llamar la atención, pero poco a poco se alejaron, dejándola sumida en su silencio profundo para escuchar lo que las cosas tuvieran que decirle.

A pesar de los extremos a los que recurrió Luis, los cientos de lugares a donde la llevó a pasear, los siete muchachos apuestos que le presentó, Helena no prestaba mayor atención a nada que no fuera desarrollar su idea. Ocho meses después del viaje en el autobús, Helena dejó de comer, por alguna razón oculta que no le confesaba a su padre ni a la trabajadora social.

Cinco meses después de dejar de comer, Helena murió en una clínica de reposo. Luis comenzó a leer los cuadernos de su hija uno por uno, doce cuadernos completos página a página, escritos a puño y letra de su hija.

En ellos hablaba del idioma de los cultivos de algodón, la electricidad y los mares, hablaba del deseo de las frutas por no ser comidas, sólo deseaban madurar hasta pudrirse y caer al césped para morir a los pies de los árboles que les dieron la vida. ¿Sería esa la razón por la que dejó de comer?

En los primeros renglones del primer cuaderno, Helena escribió: “Cada chinita en los charcos del pavimento parecía el grito de una gota que se hacía

una con el charco. Cientos, miles, millones de chinitas gritando como una multitud agonizante”. Luis se dejó caer al suelo en la habitación de su hija, apretó fuertemente su pecho y comenzó a llorar. Recordaba claramente, en un día de lluvia, mientras salían de un centro comercial, la historia de las chinitas que le contó a su hija; así le llamaban en el campo donde él creció a las gotas de agua que caen en los charcos y forman cientos de pequeñas ondulaciones en el agua. Le había dicho que para saber cuándo dejaría de llover trataban de contar cuántas chinitas caían; cuando éstas tuvieran menos intensidad y cayeran en menor cantidad, pronto dejaría de llover.

En los cuadernos ella traducía línea a línea lo poco que logró comprender de lo que la lluvia le comunicaba. Según el tamaño de la gota, el lugar donde caía, la dirección de deslizamiento, el brillo y la rapidez con que absorbía a otras gotas, podría traducirse como consonante o vocal; reunidas las gotas, a veces formaban figuras en las ventanas, en los abrigos mojados o en el pavimento, que podrían ser desde un corazón hasta un gato montando en bicicleta.

A Luis siempre le pareció ridícula aquella obsesión, maldijo a la madre de Helena por dejarlo solo criando a un ser tan complicado, un ser tan especial, tan sensible, que él nunca lograría comprender.

En los últimos cuadernos, Helena trató de desarrollar una teoría que hablara sobre las consecuencias de la separación de los cuerpos que cada vez reforzábamos más los humanos; por causa de ello nunca entenderíamos el idioma de todo lo que es diferente a nosotros mismos, incluso

ni siquiera entenderíamos completamente los libros, cartas y ensayos de los demás humanos, así estuvieran escritos en el mismo idioma. Esto, debido a que todo lo que existe en el mundo, todo lo que llega a nuestros cinco sentidos, es filtrado inconscientemente con nuestras vivencias, lo amarramos a nuestro dolor y lo pintamos del mismo color de nuestra alegría.

Así mismo, cada letra en un libro, cada palabra impresa en la hoja grita un sentimiento distinto, una ecuación única en el mundo, todo un libro podría ser una multitud de historias desesperadas por hablar, pero que nadie entendería completamente, ni siquiera el mismo ser que las ha escrito, ya que la escritura tiene vida propia.

Esa escritura que Helena nunca llegó a comprender le absorbió la vida, pero no fue en vano; en el último cuaderno Helena dejó una carta para su padre, una nota de despedida escrita con puño tembloroso... En ella le decía a su padre que su muerte sólo era un sacrificio más para terminar de comprender el idioma de la lluvia; una vez muerta, su cuerpo ya no sería un estorbo, se fundiría con la vida misma, podría encontrarse en una posición ventajosa que le permitiese entenderlo todo, hablar todos los idiomas existentes, y entender incluso la forma extraña que él siempre tuvo de demostrarle su amor y dedicación.

Le pidió que no hiciera esfuerzos por entenderla, nunca lo lograría, y se le iría la vida en ello. Helena le escribió: “deja que la vida fluya dentro de ti, deja que lo malo se evapore y que lo bueno eche raíces, deja que me quede eternamente dentro de ti, tatuada en tus venas con letras de amor, incomprendibles, pero sagradas”.

Jorge Pontón Caro

Asistente al Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo. Con 69 años de edad, hacía mucho tiempo quería escribir, pero las ocupaciones laborales siempre se lo impidieron. Desde que se pensionó, hace unos ocho años, se dedicó a leer todo aquello que había acumulado durante mucho tiempo, y además a escribir. Aparte de algunos cuentos, actualmente trabaja en una novela.

Agustina

“...que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son”.

Pedro Calderón de la Barca.

Agustina Matiz de Pieschacón, desde muy niña, amaba entrañablemente los animales. No llevaba el ‘de’ por asunto matrimonial alguno, pues paradójicamente no tenía relación de matiz semejante, sino porque así era el apellido de su madre, y porque siempre lo prefirió al Mateus de su padre. Si por ella hubiera sido, habría comprado, para ella sola, un zoológico completo, pero sus posibilidades económicas, casi siempre rayanas en lo paupérrimo, se lo impidieron. Precisamente por esa precariedad permanente, nunca pudo, tampoco, tener animales domésticos, pues los lugares en que vivía, habitaciones de inquilinato, se lo impedían inexorablemente. A su edad no había conocido hombre alguno; es decir, sí los había conocido, pero nunca los había usado. Cuando cumplió los 50 años se hizo un regalo especial: fue a un concierto donde la orquesta de

turno tocaría unas obras cuyos nombres llamaron poderosamente su atención: *El Carnaval de los animales*, de Camile Saint-Sáenz; la Sinfonía *La Gallina*, de Joseph Haydn, y el concierto para flauta *El Cardelino*, de Antonio Vivaldi. Y como ella amaba los animales y el concierto le ofrecía la oportunidad de escucharlos sinfónicamente, no dudó un momento en comprar su boleta.

Tanto el concierto como la sinfonía, que escuchó con atención, no le complacieron mucho, pero el *Carnaval*, ese sí que le gustó. ¡Eso sí era música! ¡Eso sí eran animales! Nunca pudo explicarse, sin embargo, por qué estaban ahí los pianistas. ¿Es que acaso son animales? Además, le dieron un pequeño folleto (dizque programa de mano, lo llamaban, como si eso fuera un cine de novios), que le respondía lo que quería saber sobre la música: describía algunos animales como el cisne, la gallina, el canguro y algunos hemiones (estos sí que le dieron duro a Agustina, que ni siquiera había visto uno en su vida; ¡ella que veneraba a los animales!). Los pájaros fueron claramente identificados por su fino oído, tal vez porque el ruiseñor y los canarios eran los únicos animalitos que se podía dar el lujo de tener en su pequeña alcoba con baño del barrio Lijacá. Recordaba que una vez, hacía muchos años, un estudiante de acordeón, obviamente costeño, había llegado a vivir a la misma casa. Cuando el músico iniciaba sus ensayos, el diminuto canario empezaba a sobresaltarse, dando muestras de un claro disgusto. A esto se sumó el hecho de que, sin lugar a dudas, Asís, el canario, comenzó a cantar de una manera extraña y desagradable. A tal punto llegó esta situación, que un día a Agustina se le llenó la copa, y decidida fue a hacerle el reclamo al acordeonista.

—¡Señor Arregocés! —Dijo iracunda, haciendo jarras con sus brazos en la cintura, como cualquier futbolista “mamao” a los 70 minutos del partido—. Le ruego al favor de no seguir tocando ese horrible instrumento. ¿No ve que me está desafinando el canario?

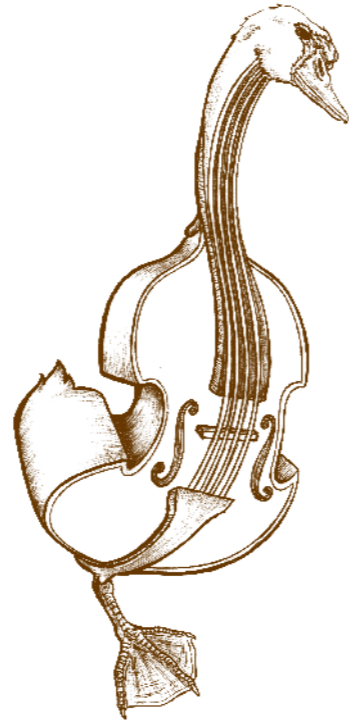
El costeño se limitó a cerrarle la puerta y el asunto terminó ahí. Bueno, en realidad, una semana después, cuando el acordeonista se mudó quien sabe para dónde. Días después, Asís retomaba las tonalidades exactas en su canto de melancolía.

Fue al tercer día de haber estado en el concierto que Agustina empezó a soñar con *El Carnaval de los animales*. Y en esos sueños descubrió que tenía una memoria prodigiosa para la música, pues recordaba exactamente cómo era la que correspondía a cada animal. La primera noche soñó con el león y su marcha majestuosa; se vio desfilando junto al melenudo felino, oronda y solemne como cualquier emperatriz. A la noche siguiente, soñó que se iniciaba, con el claro golpeteo de los macillos sobre el xilófono (marimba para ella), con los fósiles, y se veía correr, perseguida por dinosaurios, pterodáctilos y toda esa caterva de monstruos inmensos y desaforados. Allí también se dio cuenta de que sus sueños no se sucedían en el mismo orden de la música. La tercera noche le correspondió al cisne, el violonchelo y el piano en la obra. Allí se sintió como un Lohengrin wagneriano, montada sobre el cisne y deslizándose placenteramente sobre unas aguas tranquilas, cuyo suave oleaje era remedado por el piano. La cuarta noche no soñó nada de esto y se despertó algo triste. Y es que esos sueños se habían convertido en su secreta alegría, pues en ellos volvía a escuchar, con pasmosa fidelidad,

la música maravillosa de Saint-Sáenz, con el agregado de las imágenes que su imaginación le suministraba. La quinta noche le correspondió el turno al elefante, representado por el más pesado de los instrumentos musicales, el contrabajo, con su ritmo de vals lento; y ella, obviamente, fue la pareja de un trompudo príncipe azul, que la condujo maravillosamente por los compases de la música. La sexta noche fueron los animales acuáticos: una deliciosa melodía interpretada por dos pianos, la flauta y las cuerdas; un instrumento metálico que ella nunca supo cómo se llamaba, pero que se tocaba dándole golpecitos como a una marimba, le permitió ser una nadadora prodigiosa que se deslizaba, armoniosa y segura, entre juguetones y saltarines, pececillos de colores extraordinarios, caballitos de mar, bellísimas y transparentes medusas, y pulpos pequeñitos que parecían estar llamándola con los voluptuosos vaivenes de sus juguetones y diminutos tentáculos. La sexta noche, la tortuga, que se le apareció para decirle que la tenía cansada esa imagen que alguien quiso dar de ella, al ponerla como ejemplo de perseverancia, cuando lo que sucedía en realidad era que detestaba correr, pues la vida era para disfrutarla despacio. La séptima noche, los animales de orejas grandes, en donde claramente estaba descrito el burro y sus inconfundibles rebuznos. Y así sucesivamente soñó, uno por uno, con los doce animales descritos en la obra del francés Saint-Sáenz. Claro que le faltaron los pianistas, pues éstos no son animales. Y soñó con el final, que se convirtió en su perdición, pues en la última noche llegaron al sueño de Agustina, en desaforado tropel, todos los animales: hemiones, canguros, tortugas, elefantes, asnos, cisnes, gallos y gallinas, aves de diferentes clases, y la más extensa variedad de animales acuáticos, le

saturaron su onírica mente y le produjeron una fatal conmoción.

Sólo cinco días después del sueño de la última noche, cuando don Chucho, el propietario de la casa donde vivía Agustina, al ver que su inquilina no salía de su cuarto y no respondía a su llamado, resolvió avisar a la policía, y ésta vino y rompió la puerta, fue que encontraron una habitación vacía, con una cama deshecha y todos sus trastos desordenados y revueltos. Nadie supo nunca que a Agustina le había ocurrido algo semejante a lo que le sucedió a Arturo Cova en su vorágine, lo que me obliga a terminar mi relato de una manera casi idéntica, y que me perdone José Eustasio por eso: hace seis meses búscala en vano la policía; ni rastro de ella. ¡La devoraron sus sueños!



Orlando Zambrano

Asistente al Café Literario de la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo. Nació en Chiquinquirá en 1935. Abogado por formación y ejecutivo de la industria farmacéutica por profesión. Aficionado al deporte y apasionado por la lectura, especialmente por la novela histórica y la historia en general. Además, escritor ocasional.

El trato

Desde que era un niño, los amigos de Juan Pulgarín lo llamaron Picardías, porque siempre estaba maquinando alguna trama para hacer caer en ésta a alguna persona. No importaba quién fuera, un compañero, un maestro, alguien de la familia, en fin, cualquier ser humano era susceptible de caer en sus redes.

Con una capacidad histriónica innata, era capaz de conmovier al más duro entre los duros de corazón. Sus lamentos, sus lágrimas, sus halagos, la expresión de su rostro, todo lo llevaba a conseguir el favor o el objeto deseado.

Así creció, y al llegar a la edad madura, en el día en que hay que decidir el futuro en la vida, Juan Pulgarín no necesitó pensarlo mucho: viviría del poco trabajo que sabía hacer, sentarse frente a una máquina de escribir y copiar documentos a toda velocidad, hacer notas dictadas o cualquier cosa. Pero su fuente real de vida la tenía en su lema: "vivir del prójimo". Al cabo del tiempo le debía a cada santo una vela, a cada conocido un dinero y al

mundo la paciencia para soportarlo. En su periplo enfermó a sus padres muchas veces, enterró a cada uno por lo menos en cuatro ocasiones. Él mismo padecía de una rara enfermedad periódica que le impedía hacer cualquier trabajo, pero claro, no el de despertar lástima en sus víctimas y poder llevar algo a su barriga, pues, según su decir, ya tenía telarañas en el intestino.

Un buen día, sentado en el banco de un bus, una hermosa mujer se sentó a su lado. Los pasajeros hombres sintieron envidia de Picardías; definitivamente, además de su defecto, era un hombre de buena suerte: la mujer le había dirigido la palabra.

Cuando ella se sentó a su lado, él la miró; para su sorpresa, la linda mujer cambió de semblante y sólo él podía verlo. El rostro espectacular se tornó cadavérico, el pelo cayó de su cabeza y un velo negro la cubría, el vestido llamativo se convirtió en un gran manto negro, la cartera desapareció y en su lugar había una vara con una guadaña al extremo.

—Soy la Muerte —le dijo—. Vengo por ti, Juan.

—No puede ser —le respondió Pulgarín—, está equivocada, mi hora no ha llegado aún —le dijo, mientras trataba de ganar tiempo para pensar en algo que le permitiera salir airoso de la situación.

—Si —le dijo ella—, yo no cometo errores, tú eres P i c a r d í a s, y debes venir conmigo.

—Pero, ¿cómo podrás salir de aquí conmigo, así de repente?

—Fácil —dijo la Muerte—, sufrirás un infarto.

—¿Un infarto? Eso no te lo creería nadie, porque cinco veces he estado a punto de morir de infarto, y tú, la Muerte, no puedes perder credibilidad.

—En eso tienes razón. Entonces, no me queda más remedio que estrellar este bus.

—¡Error! —le respondió Picardías—, porque corres el riesgo de hacer morir a otras personas sólo por mí, y eso no es justo si no les ha llegado su hora.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué he de hacer contigo? Mis órdenes son terminantes, y tu hora ha llegado.

El muy ladino de Picardías preguntó:

—¿Siempre tiene que ser en el momento exacto?

—Sí —dijo ella—, con horas, minutos y segundos.

—Bueno —ripostó Picardías—, ¿a qué hora era mi hora?

La Muerte miró su reloj. De las órbitas vacías de sus ojos brotó un destello rojo e intenso de ira:

—¡Maldita sea! Me has entretenido con tu charla marrullera y ya son diez minutos pasados de tu hora. Ya no te puedo llevar, pero tendrás la vida del tiempo y suplicarás que te lleve conmigo, que se termine tu vida miserable.

La Muerte apretó el timbre y salió, despertando la misma admiración de su llegada.

Cuando conocí a Picardías, daba verdadera lástima. El tiempo pasaba y dejaba en su cuerpo la

huella de los años, el dolor de las enfermedades; ya no tenía la habilidad para embaucar a nadie y ninguno se apiadaba de él. Soportaba el dolor de la vida con algo de estoicismo, pero sin orgullo, porque nunca lo conoció. Padecía, y su único deseo era morir, descansar de vivir. Rogaba, suplicaba que le quitaran la vida, pero nadie se atrevía a desafiar la maldición de la Muerte. Había vivido tantas épocas, había visto desfilar todas las miserias de la humanidad, la realidad del mundo con sus defectos y virtudes. Cerraba los ojos para descansar, para no ver más la luz del día, pero sus necesidades mundanas lo traían a la realidad. Veía pasar la muerte por su lado, llevándose a sus parientes, amigos, vecinos, conocidos y muchas personas más.

Una tarde de esas, un gran estruendo sacudió la calle. Miró por la ventana. Un bus se había volcado sobre el pavimento. Abrió la puerta y vio a la Muerte en su oficio, atareada por ser varios los cadáveres. Sin pensarlo se lanzó entre las víctimas, y la Muerte, en su afán, lo recogió. Él sintió un agudo dolor en el pecho, y con éste se le fue la vida.



Saira Carvajal

Asistente al Café Literario y a todas las actividades de la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo a las que le es posible acudir. Nació en Bogotá en 1987, es ingeniera de sistemas, le encanta leer y pasar el tiempo con sus amigos. Escribe cuando la inspiración le llega, que es de vez en cuando, pero está trabajando para que esto ocurra más seguido.

La musa

Cuando vio esa dedicatoria: “A Helena, mi musa”, sólo atinó a besarla, besarla mucho, como queriendo transmitirle algo esencial. Nunca alguien había hecho algo tan especial por ella. Con eso, todos sabrían que él la amaba, y si terminaban, sabrían que la había amado, y durante mucho tiempo, desconocidos se preguntarían quién era Helena.

Fue esa emoción desbordante la que hizo que leyera todo el libro esa misma noche, a pesar de que ella no leía libros, excepto por razones académicas. Al llegar a la mitad entendió que él había relatado los pormenores de su relación y que la protagonista, Malena, era indudablemente ella; ella, a través de los ojos de él, claro, porque en el fondo ella no era Malena.

La segunda mitad del libro empezaba con una guerra que los separaba, pero después de muchas vicisitudes el amor triunfaba y terminaban felices para siempre. Para ella, más que una novela, eso era una telenovela.

Al terminar, no pudo sentir más que horror, toda su relación, toda, descrita en ese libro. Casi podía oír las mismas palabras saliendo de sus labios, y ese nombre, Malena: la imaginación del gran escritor sólo le había alcanzado para cambiar dos letras de su nombre, qué vergüenza, miles de personas adivinarían que estaba hablando de ella. Él pensaría que la había dejado bien parada al describirla como una mujer entregada y dulce que le perdonó el abandono y lo esperó hasta su regreso, pero no, los que la conocían entenderían que Malena no era ella, entenderían que era una fabricación para enamorarlo a él. Nadie podía culparla, o es que acaso, ¿quién había sido completamente sincero al principio de una relación? Además, las de ella habían sido mentirillas blancas y unas cuantas atenciones de más, pero no eso, no Malena.

¿Era así como él la veía a ella? ¿Era eso lo que él esperaba de ella? Hace dos meses él le había comentado su deseo de hacer un posgrado en Italia, ella lo felicitó y lo alentó, pero no ahondó en el tema. Equivocadamente pensó que él se la llevaría, pero lo que ese libro decía era que él quería que se quedara acá, y que además lo esperara pacientemente.

Es cierto que ella lo quería, pero no hasta tal grado. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía seguir con sus mentirillas blancas, alguno de sus enemigos o de sus “amigos”, en cualquier momento, la desenmascararía, seguro le mostraban las fotos con Ricardo en Cabo, y hasta ahí le llegaba lo dulce y lo virginal. Mejor se lo contaba ella misma y así por lo menos ganaba algunos puntos en honestidad. Pero, ¿y si se lo contaba todo y él lo ponía en otro libro? Tampoco podía terminar

con él, porque con mayor razón hacía otro libro y seguro se lo dedicaba a ella, como a la mujer que me rompió el corazón o alguna cursilería por el estilo, y ahí sí que se acabaría su vida sentimental.

A la mañana siguiente, cuando él le pregunto si le había gustado el libro, ella le preguntó, entre sollozos, cómo había sido capaz de exponer su relación de esa manera. Era cierto que era una

manera perfecta, pero no era justo con ella que todos se enteraran de sus intimidades, y le exigió que cambiara la primera mitad del libro y el nombre de la protagonista.

Entonces él llamó al editor y le pidió más tiempo para terminar la novela: al fin y al cabo tenía que escuchar a su musa.



Biblioteca Pública Lago Timiza

Carlos Mayo

Odontólogo, poeta, escritor y trabajador cultural. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Libro de luciérnagas* (1990), *Luciérnagas en bicicleta* (1991), *El ciprés adolescente* (1997), *Espacios del afecto* y *Algunos vacíos del país* (2002). De cuentos: *La profe y la partida* (1999). Coautor del libro *Ventana de taller*, publicado por el Instituto Distrital de Cultura de Bogotá en el año 2002. Publicó el libro de ensayos de poesía *Escribir* (2006). Dirige la revista de poesía *Silbos* (14 números). Orienta revistas para el desarrollo cultural de la comunidad. Dicta Talleres de literatura, periodismo y ensayo. Fundador e integrante de la Mancomunidad de Escritores La Mancha del Quijote, que ha publicado dos revistas (2004 y 2009). Le han publicado escritos en periódicos literarios nacionales y en revistas culturales. Ha recibido distinciones en el ámbito local.

Idili Bros

Una pareja se conoció hace muchos años en el lanzamiento al público de una obra literaria. Ambos lectores consumados. Su vida la compaginaron alrededor de los libros. Sus momentos íntimos los exaltaban con la imaginación erótica de multitud de obras. ¡Felices! Él, escritor, imaginaba en serie novelas policíacas. Ella, bibliotecaria, escogía a diario el libro que gozarían en la noche. Consientes, aprovecharon para crear una antología de todos los tiempos, con textos dedicados a las parejas, seleccionaron desde *El Kamasutra*, *El Cantar*

de los Cantares, hasta los capítulos ardientes de Henry Miller. Satisfechas sus mutuas ensoñaciones, cada noche, tarde o mañana, en fin, ella o él leían en voz alta hasta que los cobijaba el sueño.

Bastantes años después, una noche, bien tarde, cuando ella profunda descansaba, él continuaba insomne y pasó una semana en vigilia. Agotado, le comentó a su amada. La mujer entonces se dedicó a leer para que él pudiera descansar; pero abordada por la preocupación por su hombre cuando ya estaba profundo, no lograba conciliar su sueño. Así la pasaron casi dos semanas hasta que tuvieron que resolver —lo que sucede cuando se desequilibran los hábitos de pareja—, que ninguno de los dos podía dormir si el otro no leía. Enseguida se les ocurrió que dormirían por turnos de tres horas. Lo practicaron. El despierto despertaba al que dormía. El recién despierto leía para que el otro se durmiera por tres horas. Efectuaron la variación de sus costumbres durante tres semanas, pero la pareja en ese esfuerzo se agotó. Entonces, a ambos se les ocurrió y, al tiempo lo dijeron, con gran felicidad por la coincidencia y por el pequeño coro de su frase, que les iluminó su solución: leerían en voz alta el mismo texto hasta que se durmieran. Lo hicieron. Pero como no tenían quien los despertara, descansaron bien arrunchaditos uno contra el otro, para siempre.

Poetariado

Nos corresponde hacer de la palabra Combustible
Y al libro llamarada, como acción uní boca,
De oxígeno, a nosotros.

En nuestro barrio la letra solitaria
No alumbra
Con fuerza chispeante.

Daniela Gutiérrez

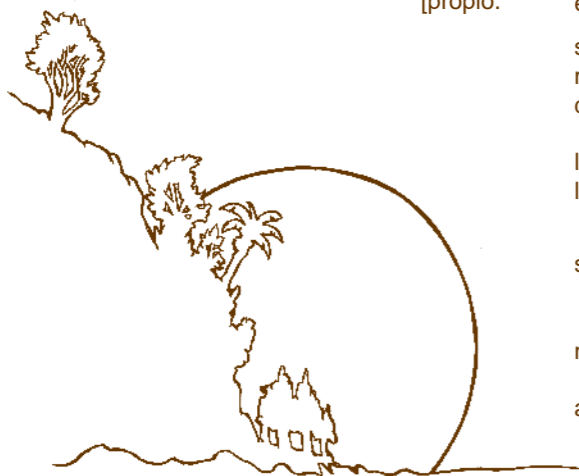
Usuaría del Café Literario.

Deliro

Conque le pongamos música de fondo a nuestros actos compartidos, que nuestros universos de piel se mezclen con nuestros susurros, que parezca una oda a lo visceral y que nuestro delirante río de acontecimientos presienta lo que en este viene.

Mi neblina se pronuncia ante tu actuar, en todos sus espesores. Su delirar le conmueve, aunque su camino se turba con una lujuria sin [medida.

Quisiera saber, en qué capítulo encuentro el curso de nuestro río que ha decidido delirar con rumbo [propio.



Samuel Rojas Galvis

Usuario del Café Literario.

Mar he sido

Mar, he sido vestido de hombre no me llenan los huesos,

silencio tu cuerpo
crisálida de hielo,
saciado de quimeras en fiebres cristalinas,
hambres de sudor,
falsos profetas
ilusiones y misterios,
de hombre no me llena el recuerdo,

abismo de lumbre
murmullo de niño,
febril anhelo este océano bebido
no me calma las fiebres,
siquiera la conciencia el delito de tu cuerpo,
de hombre no me cansan los pasos,
sentado respiro
el lamento de los cuervos,

sentado respiro
mi alma no se llena de aliento,
de hombre mil pasos la arena,
cada gota de tiempo caminada,
luciérnagas brillando son el cielo
luciérnagas ardiendo es mi mirada,
de hombre no me llenan otros cuerpos,

sentado en la orilla de esta playa,
para ver llegar tu vientre
arena y viento,
nafragio de mi verso,
mar he sido,
al mar, vestido hombre
regreso.

Biblioteca Pública Parque El Tunal

Julián Cardoso

Nace el 4 de abril de 1988 en Bogotá. Estudiante de Licenciatura en Artes de la Universidad Francisco José de Caldas. Integrante del Colectivo Guaches de la localidad de Tunjuelito, grupo que busca abrir espacios de socialización por medio del arte. "Arte -nos dice- es el medio que más nos acerca a nuestras cicatrices, con él las bordeamos, reparamos y reabrimos, todo a un mismo tiempo. Se trata de confección, el arte es la aguja que une retazos de humanidad: al tiempo que repara los perfora. Es parirnos a nuestro antojo".

Otro/Día/Más

Silencio. Otra noche en que se apagan las luces. Dicen que es por la lluvia; la basura tapona los caños y entre tanta agua todo se hace peligroso. Por eso los cortes. Dicen que están en periodo de limpieza. Eso es lo que dicen; sin embargo aún se inundan las casas.

¡Son las nueve y Juan no llega!

María aprieta sus manitas sobre mi pierna. Le acaricio el cuello y aunque trate, no puedo decirle que todo anda bien. Si me escuchara, tal vez, apretaría más la pierna. Me concentro en no respirar muy fuerte. Es todo lo que puedo hacer por ellas.

Laura llora en silencio, lo sé. Se ahoga por la noche, por ser madre. Porque venimos respirando

sombras desde hace tiempo; cada vez más espesas, amargas.

Nueve y media, diez. Hay pasos... no son de mi hermano. Caminan con demasiada tranquilidad. Pasan la calle y se interrumpen delante de la casa.

Espero...

No pasa nada, no hace nada.

Espero...

Sigue caminando, esta vez hacia la casa del frente. Mi madre vuelve a respirar, igual María. El hombre chifla y corre hacia nuestra casa. El primer golpe rompe la noche. Luego fueron más, y todo era una sola lluvia de golpes, ahora entiendo la ironía.

Pedí a Laura que se escondiera en el baño junto con María. Rompí el tubo del gas y esperé en el suelo a que callera la puerta, no faltaba mucho. Al momento un ruido seco, sobresalió del alboroto. Uno de ellos cayó. Se escuchó también, no muy lejos, que alguien corría. Era mi hermano. Uno sabe quién es quién por como camina, por como corre. No reaccioné al momento. En realidad, tarde un poco en entender la situación; demasiado tarde, ya cuando las botas de esos sujetos se presentían lejos. Como pude abrí la puerta y corrí. No sé bien en qué dirección. Sólo esperando encontrar a mi hermano, poderlo defender como él lo hizo toda su vida conmigo.

Nunca volvimos a saber de él. Aun continúan las lluvias, y los apagones, dicen que están en limpieza, pero aun se inundan las casas.

Estefanía Almonacid Velosa

Como cualquier mortal la procrearon con el ahogo de un mar de orgasmos, el 1 de agosto de 1991. Como cualquier niña le enseñaron a usar falda y mirar a los ojos. Como cualquier adolescente entendió con los gritos de los profesores que "sin educación no podía lograr nada". Luego fueron los escalofríos y los dolores de cabeza; tuvieron aire de emancipación por la única razón de no apasionarse con su existencia. Ahora no es hombre ni mujer, no es falsa ni es real; tan sólo es un ser humano egoísta, pero no lo bastante como para olvidar el protagonismo de las palabras. Todas las noches le seca las lágrimas a Frida Kahlo (aunque no se sabe con certeza quién le seca las lágrimas a quién). Entonces, es necesario caminar y seguir enamorada de una vida simple. Mientras tanto se sienta en un callejón de América Latina, con una totuma de guarapo, a esperar la madrugada, que le traerá fuerzas para correr sin aliento a una comunidad cultural. Es integrante del Taller de Creación Literaria y el Café Literario de la Biblioteca Pública Parque El Tunal.

Mito

Todos dicen que es mentira,
Que un hombrecillo salta todas las noches en los montes
Riéndose del pobre hombre que sólo tiene oro.

Dicen que no,
Perdida, ven a una mujer salvaje con una sola pata
Tragándose hombres con el corazón cojo.

Se tapan los ojos,
Se huelen las manos,
Hacen el amor frente a una cruz.
Extraño

Quieren olvidar los charcos de lágrimas de la mujer llorona
¿Será que fueron ellos los que desaparecieron a sus hijos?
Pasan por el mundo, odian, desangran, humillan
Esos extraños que no saben mentir.

¡Madremonte no llores por los mártires,
Tal vez con algún estruendo respiren tus cenizas!

**Juan Carlos Sandoval**

Iniciado en las letras por el arrojito de la pasión, tras el fracaso en el intento de ser Ingeniero. Estudió realización cinematográfica como acercamiento primario al arte, tras lo cual la decisión de sumergirse por completo en la palabra escrita fue radical. Ganador en el concurso internacional de relato Latin Heritage Foundation con su historia infantil *El soñador*, y publicado en la selección *La noche y los guerreros de fuego*. Seleccionado para la publicación *Cuentos de personajes para personajes* del grupo Tolky Monkys, de España. Seleccionado para la edición del libro *Leyendas de la santa muerte* con el relato *Contacto*, publicado en California. Seleccionado, distinguido y galardonado con el poema *Contemplación* por la comunidad ambientalista Ecoloquia de Argentina y distinguido con el poema *Invitación A Un Mundo Diferente*. Ganador del concurso de poesía *Una Aventura* con el poema *Naufragio* y segundo lugar en la convocatoria de poesía *Esa Noche De Invierno* de la comunidad de escritores Fanstory con el escrito *Llueve*. Ama las letras con todo su corazón al igual que la Capoeira. Dios guía tanto sus textos como sus movimientos, que son poesía corporal.

**Perpetua**

Escribía con pasión irrefrenable, extrañamente contenida en su apariencia de paz y sosiego; se deleitaba ante el fluir calmo de la pluma que penetraba en las entrañas del papel y lo transformaba.

Se había entregado por completo a su obra: en implícito ayuno, aislado por completo de influencia alguna del hombre, y cobijado tan solo por la beatífica contemplación de los estantes atiborrados de libros. Su universo giraba en torno a los cúmulos de pergaminos vacíos que anhelaban ser perpetuados; desde que el hombre conoció la palabra escrita, comprendió la eternidad, alejada de la fragilidad de los cuerpos y la naturaleza tenue de lo perenne.

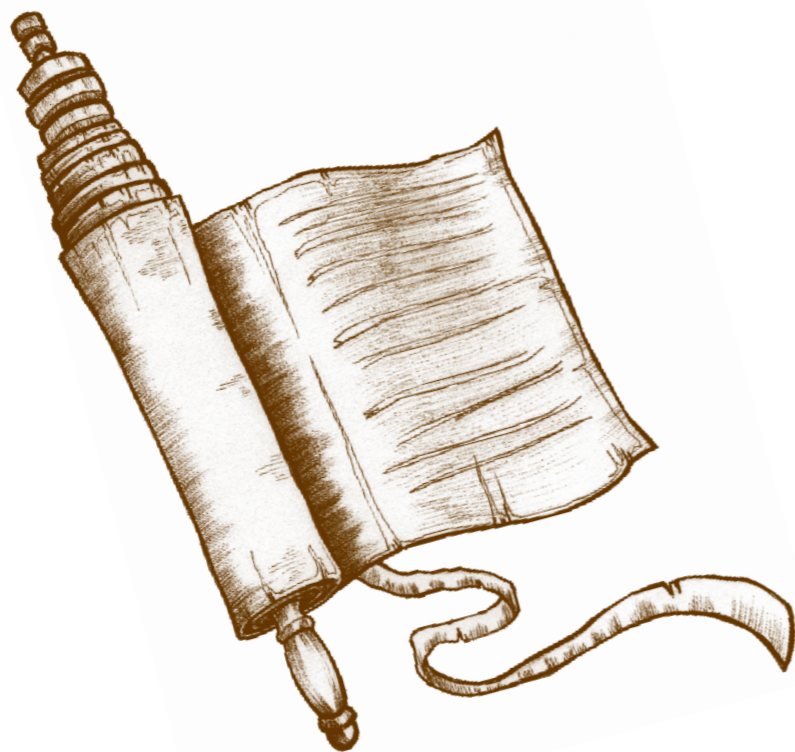
Al estar escribiendo, su intención se había tornado tan delirante e intenso su deseo de dar continuidad a su existencia, que en efecto, su esencia se iba transfigurando en el papel yuxtaponiéndose de manera mística. A medida que los colores se desvanecían de su cuerpo, como consecuencia del olvido a sus necesidades físicas, por ejemplo, la textura del papel se transformaba y adquiría las propiedades de su piel. Avanzando en su enajenación, exento del dolor, quiso comenzar a desprenderse de su materia para transponer en su obra. Así, meticulosamente, asido de su escarpelo, se dio a tomar pequeños trozos de epidermis que añadía con deleite a los papiros. De manera parecida, vitalizó su tinta con el fluir incesante, pero pausado, de su escarlata sangre.

Así comenzó su transmutación; calmo y cadencioso, como un lúgubre adagio, se despojaba de su ser, y nutría la obra. Su mente se había alejado por completo de la realidad, pues hasta un espejo

hubiera podido devolver un ápice de cordura, más, no había imagen ajena a la del hombre frente a su creación. Entonces, una vez dedicado su cuerpo y pensamiento por completo a sus pergaminos, tuvo miedo que su espíritu, no se mudara a ellos. Pensó que quizás lo preciso era revestir su cuerpo con el escrito, para que de esta manera cuando le alcanzara la muerte, el alma no tuviera posible vía de escape. Contemplado esto, culminó su escritura, justo para cuando sentía que sus fuerzas le abandonaban, desangrado y a viva carne, y comenzó a restituir su antigua piel, con la textura del papel eternizado. El contacto de las hojas con su cuerpo

le suministraba un placer sublime, jamás alcanzado por experiencia alguna de su existencia; estaba en abundancia embelesado, ante el incomparable sentimiento de ser uno con su creación.

Finalmente, cuando recubrió su cuerpo por completo, salvo sus ojos, y siendo poseedor de su último aliento de vida, dedicó especial cuidado a la hoja que contenía el título de su obra. Así, meticoloso, cubrió su vista con el folio que contenía el título "Perpetua" y con delicada exaltación y ceremonia, expiró.



Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas

Oswaldo Murillo Urueta (Amaya)

Cuenta con estudios de filosofía en la Universidad de Cartagena, periodismo para el desarrollo en el Sena, periodismo estudiantil en la Universidad de Cartagena y tiene estudios de inglés básico del Centro de idiomas y turismo de Cartagena. Se ha desempeñado como docente en ciencias sociales y ética en distintos niveles educativos. Ha sido director de teatro juvenil y experimental. Escritor de ensayos, poemas y crónicas publicadas en la revista Paidea, espejo, de la Facultad de ciencias humanas de la Universidad de Cartagena. Es miembro del consejo de redacción de *Subanidad*, primer periódico cultural de la localidad de Suba y es escritor de la revista *Cuaderno de apuntes* del Café Literario de la Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas. Ha publicado algunos de sus poemas en las Memorias de los Encuentros de Cafés literarios y Talleres de Creación Literaria de BiblioRed.



Un buen día

Desde la ventana de su casa, Melissa observa cómo el descomunal aguacero que azota la ciudad, acompañado de terribles truenos, centellas y tenebrosos vientos huracanados, han dejado la calle desolada, y escucha el sonido ensordecedor de las gruesas gotas de lluvia e incesantes granizos enfurecidos dispuestos a taladrar con furia incontenible el techo de su humilde morada.

Tan sólo era la 1 y 32 de la tarde pero parecían las 6 y algo más, mientras transcurría este espectáculo que únicamente la naturaleza puede ofrecer desde los tiempos más antiguos de la humanidad. Simultáneamente por la mentecita de Melissa, como protagonista y espectadora desde su ventana, y con la inocencia característica de los niños de antaño, pasaban una serie de imágenes pintorescas, llenas de héroes y heroínas, príncipes y princesas, sapos y ranas, cenicientas y blancanieves, enanitos y brujas, casas de chocolate, reinas de corazones, bellas durmientes, Alicias y hombres de hojalata; zapatillas de oro y de cristal, Peter pan y el capitán Garfio, el sastre y su vestido invisible, pulgarcito, Simbad el marino... Se imaginaba toda una aventura emocionante, divertida, llena de color y fantasía, en contraste con la lúgubre, gris y melancólica tarde, cuyo frío penetrante hacia titiritar hasta la más fina hebra de su hermoso, negro y brillante cabello.

Para Melissa, cada tarde era una nueva experiencia, reconfortante, regocijante, divertida, emociones provenientes de distintos colores, tamaños, autores y protagonistas: LOS LIBROS.

El canto alegre de unos hermosos pajaritos desde su nido anuncia un nuevo amanecer. Melissa contempla el cielo completamente azul, el sol radiante, el aroma de las flores y su múltiple esplendor multicromático, el viento que suavemente acaricia los frondosos árboles que dejan caer unas cuantas hojas delicadamente como demostración de cariño y ternura, cual abrazo de una madre a su hijo cuando está rebosante de amor puro y deja que una lagrima sutilmente se deslice por su mejilla. Melissa contentísima y con gran expectativa en su corazoncito, inicia su actividad matutina de higiene personal, arregla su habitación, organiza su ropa, sus muñecas, su colección de dibujos de frutas, animales y paisajes; su parqués, su rompecabezas, lápices de colores y ante todo, su lápiz y su cuaderno. Espera entonces después del almuerzo, la hora “cuchi-cuchi”, (las 2 de la tarde) para que abra las puertas la biblioteca comunitaria y se realice el tan anhelado encuentro, previo permiso de su mamá. Sale hasta el lugar y antes de cruzar la acera, se encuentra con un pequeñín amigo, con su peculiar cabello típico de los habitantes del chocó, su piel blanca como los habitantes de la ciudad “de la Eterna Primavera”, con su sombrerito que le daba una apariencia de rockero de los años 70, de esos que eran amantes de los Rolling Stones. Una mezcla un poco inusual, así era él. Su nombre era César Augusto, quien le solicita a Melissa que lo lleve de la mano hasta el jardín de la biblioteca. Tomados de la mano llegan hasta la puerta de la biblioteca, donde leen curiosamente el nombre de la biblioteca: “TOMA UN NIÑO DE LA MANO”.



Se dirigen hasta la sala de lectura, no sin antes pasar por el jardín donde está la rueda en la cual sus compañeritas juegan con gran entusiasmo y desde lejos se escuchan unas claras voces infantiles que engalanan el bello jardín. Melissa saluda a sus amiguitas: a la más gordita y muy risueña llamada Estelita; a la pecosita, saltarina y juguetona: Esperancita, y la última, la más bailarina, fortachona y talentosa en las manualidades: Luz Marina. Ellas tres, grandes cultivadoras del privilegiado hábito del amor por la lectura y el hacer sentir bien a los demás.

Ya en la sala de lectura Melissa toma asiento y se dispone a leer un nuevo libro: *El principito*, y justo en ese momento comienzan a caer unas gotitas cristalinas sobre la ventana. Es el saludo del rocío vespertino que se incrementa progresivamente en una suave llovizna que, poco a poco, se intensifica, y que Melissa observa claramente desde la ventana, y así comienza una nueva aventura...

—Desde distintas obras, cada autor nos remite a múltiples aventuras, vivencias y experiencias, complementando nuestro desarrollo integral, expandiendo nuestra conciencia, ampliando nuestros horizontes en cada nivel de comprensión que componen esta compleja realidad que vivimos cotidianamente; desarrollan nuestra creatividad, talento y ante todo, nuestra capacidad de superación, de ser mejores personas cada nuevo amanecer.

Biblioteca Pública Virgilio Barco

Karonlains Alarcón Forero (Seckmet)

Antropóloga de la nacho, soy escritora por convicción y narradora de corazón. Toda mi vida he estado en el sendero de la palabra, tejiendo letras e hilvanando ideas; cuento con algunos diplomas que guardo muy bien debajo del televisor eternamente apagado.

Pacifismo colombiano

Mi pueblo está enclavado en la mitad de los Andes colombianos sujeto mágicamente a la punta de una montaña dando la sensación de que en cualquier momento puede resbalar y caer sobre el gran valle del Magdalena; es pequeño y frío como un infierno de hielo. Y a pesar de todo siempre ha habido ¡PAZI!, es un ¡PAZI! constante y bullicioso que se siente en las entrañas, que se huele en el aire cargado de pólvora.

Una vez estaba el señor Efraín en la tienda de Don Ariel, tranquilo como cualquier guerrillero tomándose el tinto de la media mañana cuando llegó un tal Negro; uno que estaba recién llegado al pueblo. Hacia como tres días había arrimado y no se le había visto sino para salir a almorzar.

Y así, sin más, se le sentó a Don Efraín en la mesa mirando la calle.

—Comandante —oí que decía el Negro.

Seguí limpiando las mesas y vi cómo Don Efraín se sacaba el revólver de detrás del pantalón y lo ponía sobre la mesa justo al lado del tinto hirviendo.

Me entró el miedo y los clientes empezaron a irse.

—Venía yo a pedirle un favorcito —siguió el Negro como si no hubiera visto el arma— uno pequeñito así que no se alarme.

Don Efraín agarró el tinto con la izquierda y empezó a soplarlo.

—Diga a ver.

—Pues comandante nosotros solo queríamos que se fuera, usted y los suyos. Ya sabe, nosotros vamos a llegar a pacificar por estos lares y no queremos tener problemas. Usted es un hombre inteligente y sabe cómo van las cosas ¿no?

Don Efraín sorbió el tinto ruidosamente, como si estuviera llamando al resto de la columna Teófilo Forero.

—Usted sabe que esas órdenes las da el comando, así que no me pida imposibles —dijo.

Caminé despacito hacia detrás de la barra por si cualquier cosa, Don Ariel ese día se había ido a merca y yo estaba sola.

—Pero usted puede hablar comandante, puede acelerar las cosas. Somos hombres así que por qué no hacemos un trato. Yo le doy tiempito comandante y usted me asegura que se va, ¿no le parece?

Otro sorbo, me acurruqué y empecé a temblar, pensé en salir pero estaba petrificada por el miedo.

—No puedo hacer eso.

—Vamos comandante, sabe que si quiere...

Escuché el ruido de la mesa caer y luego un gatillo...

¡PAZ! ¡PAZ! ¡PAZ!

Me atreví a asomarme y vi a Don Efraín de pie, con el revólver humeante en la mano apuntándole al forastero que estaba tirado en el piso sobre un charco de su propia sangre.

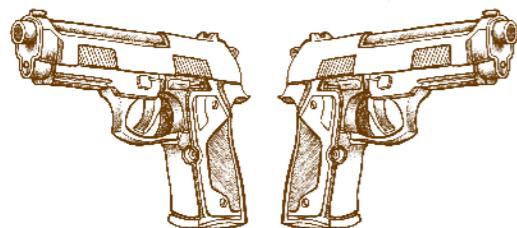
—¡Este pueblo ya está en paz, Negro hijueputa! Y no los necesitan, ni a ustedes ni a los otros.

El comandante respiraba agitado, se giró apuntándome y ahogué un grito de espanto. Al verme, bajó el revólver.

—Doña Carmencita, tranquila. Perdón por el desorden, pero me tengo que ir. Eso sí, dígales a todos los del pueblo que estamos en paz y que nadie, ningún hijueputa salido del llano, va a venir a darnos más paz de la que tenemos. ¡Somos gente pacífica!

Miró al negro.

¡PAZ! ¡PAZ! ¡PAZ!



Jacobo Díaz Arana

Nació en la ciudad de Bogotá en el año 1978. Curso estudios de bachillerato en Fumparcal y universitarios en Unitec. El cine y la fotografía es su profesión, su amor la poesía, en la cual se desempeña desde pequeño. Realizó un viaje a España donde se enamoró de su cultura. Viajero insaciable, ha conocido de manera paulatina el país, sus costas y su selva. Su libro de poemas *Camino* fue publicado recientemente.

Todo se lo lleva el fuego

Todo se lo lleva el fuego quien sabe a quien
 Todo se lo lleva el mar quien sabe a quien
 Qué decir de lo que el cielo no deja presenciar,
 Es la tierra el terruño de ellas, mas no su sepultura,
 Las palabras van a otra voz que las recibe,
 Si grata algunas veces, otras iracunda,
 Si alagada otra veces ofendida,
 Todo de alguna manera huye de nosotros,
 Como cuando de nosotros se va yendo la existencia
 Y llega más la experiencia consabida,
 ¿Qué siento con tal cosa, qué pienso con tal otra?
 Porque ellas quieren su propio sendero,
 Desean algo de eso que no tienen, reptar,
 Correr, volar, apenas caminar, crecer,
 Y obsequiar eso que les sobra:
 Sentido, desierto, sentido, selva;
 Tengo yo que darles su voluntad,
 De melancolía y esperanza, de nostalgia y anhelo,
 Que tengan toda la energía de la naturaleza,
 Y todo el ser del humano infaltable;
 Que me representen en una piedra la cual es mi rostro.

Nahir Lucia Zapata Arboleda

Nació en Medellín – Antioquia. Desde la edad de cinco años su familia se trasladó y fijo residencia en la ciudad de Bogotá, Estudió derecho en la Universidad Santo Tomás, graduándose en el año de 1992. Siempre ha ejercido su labor profesional de manera independiente. Su acercamiento a la literatura surge del deseo de entenderse a sí misma, a los otros que pueblan sus pensamientos y sueños y al mundo que la rodea. Viene participando de los talleres ofrecidos por la Biblioteca Virgilio Barco desde mediados del año 2009. Ha escrito poesía y cuentos que mantiene inéditos. En este momento está preparando para su publicación, una compilación de cuentos y poesía escritos desde 1990.

Velo de seda

— *¿Por qué lloró el General?
 — Lo único que me queda después de estos seis años, es la familia.*

Si le hubiera dicho una palabra, pero no. Permanecí escondido, casi sin respirar, invisible como siempre. Al acabar todo, sentí que él se desprendió de una colina, como si la madre tierra no quisiera sostenerlo y el viento lo tomara no sin reproche, llevándolo como un velo de seda.

La sangre pronto cubrió su rostro, en buena hora, no quería verlo, para qué, ya me había acompañado la vergüenza y el dolor que como un tatuaje marcaban mi corazón con la culpa, esa de

la que sólo él se libró en el instante en que, ya decrepito, tembloroso, tomo el arma y con valentía –la única que le conocería–, oprimió el gatillo y tras un sonido seco, por fin el silencio llegó a su mente.

Comprobé que él jamás había olvidado la imagen de más de cuarenta y nueve personas sacadas de sus casas, torturadas, asesinadas, y arrojadas al río Guaviare ese miércoles diecisiete de julio de 1997.

Salí del lugar, no me era extraño, pasillos estrechos y oscuros, rejas, una tras otra. La humedad penetraba mis huesos. Era el recorrido que había hecho por más de seis años sin que él se enterara. Me preguntaba; ¿cómo pudo ser parte de la “Sex-ta División?”, ¿cómo pudo permitir con su silencio cómplice la masacre en Mapiripán?

— ¿Necesita algo Capitán?, me preguntó el guardia que abría el camino mientras caminábamos dirigiéndonos a la salida.

—Si sargento –le dije–, hágase cargo. Usted ya lo sabe.

No asistiré al funeral de mi padre, el General.



**Los Cafés Literarios en
América Latina**

4º Encuentro de Cafés Literarios y
Talleres de Creación Literaria.

Diciembre 17 de 2010



BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas